Víctor Serge

Víctor Lvóvich Kibálchich (Nació en Bélgica en 1890 y falleció en México en 1947), conocido como Víctor Serge, fue marxista-leninista, anarquista, revolucionario y fecundo escritor. Participó en el proceso revolucionario ruso desde 1919, trabajando en la Comintern. Crítico abierto del estalinismo, fue obligado a abandonar la Unión Soviética.

Carmen Castillo lo describe así: Víctor Serge es un intelectual revolucionario. Un militante y un escritor cuyo destino muy pronto será el de un hombre acorralado por el poder soviético, las policías del mundo entero, los nazis. Fue constantemente vigilado, auscultado, sus cartas abiertas... Pero persiste, obstinado, convencido que no hay otra alternativa. Escribe y lucha, escribe en toda circunstancia, en la prisión, en la deportación, en las rutas del éxodo, en las habitaciones provisorias. Busca contar su tiempo, revelar todo lo que se opone a la emancipación humana y a la creación de un mundo de justicia y libertad. Las dos cosas, al mismo tiempo.

Índice:

Presentación de Carmen Castillo

Textos de Víctor Serge:

-Por qué resulta invencible la revolución

-Carta a Andreu Nin

-Vida temprana de Stalin

-Treinta años después de la Revolución Rusa

9 789563 400892

EDICIONES ESPARTACO

VÍCTOR SERGE

4 TEXTOS HISTÓRICOS

INCLUYE EL "TESTAMENTO POLÍTICO"

TREINTA AÑOS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

PRESENTACIÓN DE CARMEN CASTILLO

EDICIONES ESPARTACO

Las armas de la crítica no pueden, claro está, reemplazar la fuerza de las armas; la fuerza material debe ser derribada por otra fuerza material. Pero también la teoría se convierte en una fuerza material tan pronto prende en las masas.
Carlos Marx

El marxismo no es un dogma
sino una guía para la acción
F. Engels

Víctor Serge (1890-1947)

Víctor Serge fue anarquista, luego bolchevique, nacido en Bélgica de padres rusos. Fue encarcelado durante la I Guerra Mundial, y luego deportado a Rusia, donde devino Sub-secretario de la Comintern. Criticó la represión contra socialistas y anarquistas opositores al gobierno bolchevique durante la Guerra Civil, pero al estallar la rebelión en la base naval de Kronstadt, a pesar de simpatizar con los alzados, apoyó al gobierno bolchevique. Luego se unió a la Oposición de Izquierda y fue el último miembro de la Oposición de Izquierda dentro de la URSS en poder criticar públicamente a Stalin. Fue encarcelado en 1933, pero fue liberado y exiliado en 1936 tras una campaña internacional en su favor. En el exilio se integró a la IV Internacional, pero al poco tiempo tuvo diferencias con su línea y se separó de ella en 1937.

EDICIONES ESPARTACO
espartacoediciones@gmail.com

ISBN: 978-956-340-089-2
Impreso en LOM ediciones.
diciembre 2015.

ÍNDICE

Presentación de Carmen Castillo 5

Por qué resulta invencible la revolución 19

Carta de Víctor Serge a Andreu Nin 29

Vida temprana de Stalin 33

Treinta años después de la Revolución Rusa 39

Prólogo

Por Carmen Castillo

"De derrota en derrota… hasta la victoria final", así resumía Vlady, pintor muralista mexicano, la vida de su padre Víctor Serge. También es el título que le había dado a "Calle Santa Fe", mi película sobre la lucha revolucionaria de nuestra generación durante todos los años que demoré en hacerla, entre el 2002 y el 2007.

Sí, durante todo ese tiempo de remembranza de nuestras vivencias me arremetía el vivo relámpago de la vida clandestina. En la brecha de las tareas cotidianas de la resistencia, nos deslizábamos al placer de leer. Recordaba entonces, recuerdo hoy, que bajo la portada de la novela "Cien años de soledad" se había deslizado "Memorias de un revolucionario" de Víctor Serge.

La lucha siempre se nutre de lecturas, de libros de historia, pero también de novelas y de poemas, condensaciones de vida, de visiones, esos destellos de lucidez que ayudan a pensar.

Me gustaban los libros de Víctor Serge. Cada uno de ellos era a la vez literatura, filosofía, un manual para la acción, un recordatorio de la belleza de las convicciones. Su vida me parecía delinear una vía que seguir y me sentía incluso lista a aceptar su final, aquel que vivió en la pobreza, cierto, pero con una dignidad y una serenidad a la que todos, creo, aspiramos.

Como cineasta y convencida de que es urgente hoy, para nosotros, aquí y allá, conocer la vida y la obra de Víctor Serge, realicé en 2011 una película. Tenia algunas preguntas en la cabeza:

¿En qué momento, en qué bifurcación se traza irremediablemente un destino? ¿Qué es lo que orienta la vida de un hombre? ¿Cuál es la fuerza, cuál es la fe que lo empuja hacia ese camino?

¿Podemos elegir ser triunfadores y el futuro o, al contrario, nos fabricamos destinos de vencidos? ¿Qué es lo que hace posible que un hombre frágil o fragilizado se vuelva fuerte?

¿Qué es lo que impulsa a escribir? ¿Qué es lo que impulsa a no denunciar a un camarada, o incluso a un desconocido? ¿Qué es lo que impulsa a militar, a escribir, a partir y a convertirse en "apátrida"?

Con estas inquietudes emprendí ese trabajo.

A veces, en aquellas noches en la cual se pasean mis spectros, entre risas y conversaciones, veo a un hombre de mirada ardiente, lleva una camisa rusa, me atrae su cuerpo a la vez sólido y delicado.

Se llama Víctor Kibaltchiche, alias Víctor Serge. Cuando nací ya había muerto, y sin embargo lo conocí.

Hoy, en Francia, en México, en Estados Unidos, y aun en Rusia, Víctor Serge resurge, sus escritos son reeditados, descubro sus novelas, sus poemas. El destino de Víctor Serge, lejos de haberse acabado en esos años lejanos, comienza tal vez ahora. Nació en Bruselas, sus padres, anarquistas rusos exiliados, recorrían Europa de ciudad en ciudad. Eran pobres, el hermano pequeño de Víctor muere de hambre, él empieza a trabajar a los 15 años. Muy joven, pero ya rebelde, en 1909 parte a París. Se incorpora a los círculos anarquistas individualistas y colabora en su revista.

En su libro «Memorias de un revolucionario» escribe:

«*Aun desde antes de salir de la infancia, me parece que tuve, muy claro, este doble sentimiento que habría de dominarme durante toda la primera parte de mi vida: el de vivir en un mundo sin evasión posible donde el único remedio era luchar por una evasión imposible. Sentía una aversión mezclada de rabia y de indignación hacia los hombres a los que veía instalarse en él cómodamente. ¿Cómo podían ignorar su cautiverio, cómo podían ignorar su iniquidad?*»

"*Necesitábamos una regla. Realizar y darnos: ser. Necesitábamos un absoluto, pero de libertad; una regla de vida, pero desinteresada, ardiente. La regla nos la ofreció el anarquismo. Nos sentíamos parientes de todas las víctimas, de todos los sublevados del mundo, habríamos peleado con alegría por los ejecutados de las prisiones. Sentíamos crecer en nosotros una magnífica y temible sensibilidad colectiva. El anarquismo nos*

poseía enteros porque nos pedía todo, nos ofrecía todo. Exigía ante todo la concordancia de los actos y de las palabras, cosa que exigen a decir verdad todos los idealismos".

En la revista "La Anarquía" Serge escoge el seudónimo de "El Reacio", el que se resiste a la servidumbre, voluntaria o impuesta.

Con una pluma afilada, irónica, polémica y sin piedad, se mofa y combate, sin cansarse nunca. La violencia ciega no puede cambiar la sociedad, escribe en la revista. No obstante, algunos preconizan una guerra a muerte contra el Estado y caen en el bandidaje. Aunque comparte con ellos su revuelta ante la injusticia, está en desacuerdo con sus métodos y se opone a ellos. A fines de 1911 surge el famoso grupo de Bonnot, que realiza asaltos a mano armada a bancos, en los que habrá muertos.

En la feroz persecución que le siguió, Víctor Serge, que conoce a cuatro miembros del grupo, será acusado sin razón de complicidad. Detenidos e interrogados, él y su pareja, Rirette Maîtrejean, se niegan a colaborar con la policía. Será condenado a 5 años de prisión, sin remisión de pena. Tiene 22 años. Su integridad le impide aceptar compromisos, arreglos. Por su rechazo a ser sometido, por su resistencia lúcida a la cárcel, este hombre y sobre todo su libro "Los años de la prisión" continua a ser leído por los presos, todos los presos, de las cárceles de Francia.

En un párrafo dice: "*Todos los hombres que han conocido realmente la cárcel saben que ésta puede extender su abrumante influencia más allá de sus murallas materiales. Hay un minuto en que aquellos a los que ella debe triturar la vida sienten con una terrible precisión desaparecer todo presente, toda realidad, toda actividad –todo lo que es su vida real– mientras se abre un nuevo camino al que uno entra tambaleándose de ansiedad. Ese minuto glacial es el del arresto.*

El minuto pasó. Había franqueado el límite invisible. Ya no era un hombre, sino un hombre en la cárcel. Un detenido. Iba a vivir en la cárcel mil ochocientos veinticinco días. Cinco años.

"*…El tiempo por venir es aterrorizador. El tiempo presente cargado de torpor. El minuto es a veces maravillosamente -o atrozmente- profundo. Eso depende en parte de uno mismo. Hay horas rápidas y segundos muy largos. El tiempo pasado*

es nada. Ninguna cronología de los hechos lo detiene, la duración exterior ya no existe.

Uno sabe que los días se suman a los días. Uno siente el torpor cada vez más uniforme, el recuerdo de la vida se apaga. Entierro. Cada hora es como una paletada de tierra que cae sin ruido, dulcemente, sobre esa tumba".

Durante esos largos años de encierro Víctor Serge estudia constantemente. Perfecciona la lengua y la literatura rusa, profundiza su pensamiento político leyendo a Marx y a los socialistas, comienza a plantearse la cuestión del poder.

Un día le llega la noticia de la victoria de la Revolución rusa, sueña con unirse a ella. Pero sólo conseguirá partir hacia Petrogrado en ocasión de un intercambio de prisioneros entre Francia y el nuevo gobierno, a principios de 1919. Para él como para el mundo entero allá se escribe la historia.

Para nosotros también, militantes de América Latina, la Revolución rusa fue el pedestal fundador de nuestro compromiso. Esos protagonistas, ese pueblo que se tomaba las calles, los palacios, los campos, queríamos hacerlo como ellos, como los bolcheviques… La nieve del 17 de febrero le otorga un brillo alegre a las imágenes de las marchas de obreros, abrigados de la cabeza a los pies, que obligaron al Zar a irse. Y después, sobre todo, el 17 de octubre, la toma del Palacio de Invierno, la llegada al poder de los Soviets, la alegría del pueblo. Los relatos de Víctor Serge que leíamos en "El año I de la Revolución rusa" nos hacían ver los acontecimientos de manera tan intensa como si los estuviésemos viviendo.

En sus "Memorias" Víctor Serge relata su ingreso:

"*Nos espera un país donde la vida vuelve a empezar de nuevo, a golpes de voluntad, de lucidez, de implacable amor a los hombres.*

Franqueamos la frontera rusa en plena noche, en el bosque. Caminábamos penosamente, hundiéndonos en la nieve. Un frío agudo traspasaba nuestras delgadas ropas. Dábamos diente con diente. Sobre un pequeño puente blanco, bajo un claro de luna brumoso, unos hombres con linternas nos contaban al pasar. El centinela rojo al que gritábamos, ahogándonos de alegría: "¡Salud camarada!", cabeceaba; luego nos preguntó si teníamos pan. Teníamos. Toma. La revolución tiene hambre. En el puesto de mando de aquel sector muerto de las

primeras líneas, una barraca de troncos, sin muebles, provista de teléfono, medíamos la extrañeza de ese primer contacto con nuestro país, nuestra revolución. Rostros descarnados. Se animaron cuando les ofrecimos conservas. «¿Entonces no hay hambre en Francia? ¿Tienen todavía pan blanco allá?»

Ya antes de la Revolución el hambre se esparcía por el imperio ruso. Con la primera guerra mundial y el hundimiento de la economía. Los más pobres fueron los que vencieron con Lenin en octubre de 1917. Los pequeños funcionarios, los empleados, los maestros, que aplaudieron la partida del Zar en febrero ahora tienen miedo. Es el bloqueo, el caos. Y después la guerra civil. Los cosacos y otros ejércitos imperiales relanzan la ofensiva militar. Petrogrado es sitiado, ningún tren funciona, ninguna fábrica, hay hambruna…

Serge continúa su descripción de la ciudad:

"*Entrábamos en un mundo mortalmente helado. Era la capital del Frío, del Hambre, del Odio y de la Tenacidad. Recibíamos en un Centro de Acogida mínimas raciones de pan negro y de pescado seco. Ninguno de nosotros había conocido nunca antes tan terrible comida. Jóvenes mujeres con bandeletas rojas y jóvenes agitadores con gafas nos resumían el estado de las cosas: "Hambre, tifus, contrarrevolución por todas partes. Pero la revolución mundial va a salvarnos*".

Víctor Serge está inmerso en los combates cotidianos y, sin embargo, no deja de anotar, de escribir, como si quisiera prolongar de una manera distinta las luchas emprendidas. Es su postura ante la verdad la que define a este hombre y a su obra. Víctor Serge recorre la realidad preocupándose no sólo de los grandes acontecimientos, sino también de los destinos particulares atrapados en la tormenta de la Historia. Sus escritos dan fe de la vida de una multiplicidad de personajes. A través de la imaginación logra convertirse en un campesino, un soldado, una obrera, un juez, un traidor…

En su libro Memorias de un revolucionario (que en vida él había titulado "Recuerdos de mundos desaparecidos"), escribe el instante en el que decide consagrar también su vida a la escritura, tiene 39 años:

"*Algunos días después, un intolerable dolor abdominal me tumbó. Era una oclusiónn intestinal. Me parece ver todavía la pobre luz nocturna de aquella sala de hospital en donde de*

pronto, invadido por un gran estremecimiento, salí del semidelirio para recobrar una lucidez interior tranquila y rica. "Creo que voy a morir" –le dije a la enfermera. Y pensé que había trabajado enormemente, luchado, aprendido, sin producir nada válido y duradero. "Si por casualidad (me dije), sobrevivo, habrá que terminar pronto los libros empezados, escribir, escribir…" Pensé en lo que escribiría, esbocé mentalmente el plan de un conjunto de novelas-testimonios sobre mi tiempo inolvidable. Un médico me ponía una inyección, experimentaba un perfecto desapego de mí mismo y pensé que mi hijo ya era bastante grande, a los ocho años, para no olvidarme. Luego vi al médico hacer con la mano, alrededor de mi rostro, gestos extraños. Logré incorporarme y vi que espantaba a garnuchazos gruesas chinches ahítas. "¿Cree usted que viviré?" "Lo creo", constestó seriamente. A la mañana siguiente, me dijo que estaba salvado. Había tomado una decisión y fue así como me hice escritor".

"*Las existencias individuales no me interesaban –empezando por la mía– sino en función de la gran vida colectiva de la que no somos sino parcelas más o menos dotadas de conciencia.*

Yo concebía, concibo todavía, lo escrito como necesitado de una justificación más fuerte, como un medio para expresar para los hombres lo que la mayoría vive sin saber expresarlo, como un medio de comunión, como un testimonio sobre la vasta vida que huye a través de nosotros y de la que debemos intentar fijar los aspectos esenciales para aquellos que vendrán después de nosotros".

Víctor Serge es un intelectual revolucionario. Un militante y un escritor cuyo destino muy pronto será el de un hombre acorralado por el poder soviético, las policías del mundo entero, los nazis. Fue constantemente vigilado, auscultado, sus cartas abiertas… Pero persiste, obstinado, convencido que no hay otra alternativa. Escribe y lucha, escribe en toda circunstancia, en la prisión, en la deportación, en las rutas del éxodo, en las habitaciones provisorias. Busca contar su tiempo, revelar todo lo que se opone a la emancipación humana y a la creación de un mundo de justicia y libertad. Las dos cosas, al mismo tiempo.

Lenin muere en 1924, el impulso de libertad artística se quiebra, el poder se burocratiza. Justo en el momento en que la mayoría de los escritores se hacen oficiales, Víctor Serge per-

siste y firma, escribe lo que ve, consciente por supuesto de los riesgos, pero convencido de que sólo la verdad puede oponerse a lo peor.

Describe minuciosamente el momento de la traición, conducida por Stalin, al proyecto comunista, he seleccionado entre tantos este fragmento:

"*El mismo T.S.F. que el día anterior repetía: "Proletarios de todos los países, uníos", se puso a proclamar: "Escuchadnos, obedecéisnos, todo nos es permitido, la revolución somos nosotros…" Tal vez lo cree, pero entonces está medio loco, lo más problable es que lo crea a medias porque los mediocres le otorgan su convicción a las situaciones que padecen. Detrás de él suben, se mueven como ratas, los aprovechadores, los cobardes conformistas, los timoratos, los recién instalados, los arrivistas, los aspirantes arrivistas, los vendidos de antemano a todos los poderes, esa vieja turba que va al poder porque es el medio de quitarle al prójimo su esfuerzo, los frutos de su esfuerzo, su mujer si es bella, su casa si es confortable. Y esa multitud se pone a gritar, se forma de verdad el coro más unánime del mundo: "Viva nuestro bistec, viva nuestro jefe, nosotros somos la revolución, es por nosotros que los ejércitos en harapos vencieron, admiréidnos, dadnos honores, puestos, dinero, ¡gloria a Nosotros, maldición a quién se oponga a nosotros!*

El teléfono se convirtió en mi enemigo íntimo y ésta es tal vez la razón de que todavía sienta hacia él una aversión constante. Me traía a todas horas voces de mujeres trastornadas que hablaban de arrestos, de ejecuciones inminentes, de injusticias, suplicando que interviniésemos de inmediato, por el amor de Dios".

Y luego, su descripción de Stalin:

"*El retrato físico de Stalin es muy conocido. Esa frente estrecha bajo la cabellera dura, esa cara más bien cuadrada, carnosa, atravesada por un fuerte bigote, con ojos pequeños, sin luz, dan la impresión de una seguridad obcecada: nada más. Su palabra es torpe, su cadencia monótona, con un fuerte acento georgiano.*

Desde su juventud, lo vimos, lo atenaza un complejo de inferioridad. Se siente, sabe que es poco dotado, inferior en sus capacidades a los hombres importantes que va conociendo y que su energía le empuja a querer ser como ellos, a envidiar,

a odiar, porque valen más que él. La intriga lo sigue desde sus primeros pasos; no se le conoce ninguna amistad; pero con una perseverancia terrible, manda a la muerte a todos los que desde hace cuarenta años conoció, siguió, escuchó, envidió: tanto los compañeros de Siberia como los del Cáucaso, los compañeros de la persecución como los del poder, todos, todos, los oscuros como los ilustres. Lo vemos dominado por el odio del mediocre hacia aquellos que le son naturalmente superiores. Y recordamos las palabras de Trostky: "es la mayor mediocridad de nuestro partido." El georgiano nunca perdonó esas palabras, pronunciadas hacia 1925".

La máquina totalitaria creada en esos años no ha desaparecido por completo en este presente, se ha travestido. La mecánica esencial de la opresión descrita por Serge perdura detrás de una nueva máscara.

Bajo el brillo de una aparente libertad reina la sumisión a las reglas del mercado. Más allá de los escaparates repletos, el tic tac regular del reloj "Dinero" invade las cabezas y tritura los sueños. Violencia contra los opositores, corrupción, desigualdad de los ingresos, impunidad, asesinato de periodistas, mujeres y hombres que destruir porque persisten en querer testimoniar sobre la realidad a pesar de los riesgos.

Pronto, espero, estará disponible en español "La fin del hombre rojo" de Svetlana Alexievich, premio nobel de literatura 2015, que para mi describe, como Serge, la eterna opresión contra la cual hay que seguir luchando.

Retomo otro fragmento de la obra de Víctor Serge que resuena con tanta fuerza hoy:

"*El monopolio de lo impreso oficial ya envilecía increíblemente los espíritus: los razonamientos se sostenían como terneros de cinco patas, el estilo era pesado, la ironía espesa, la pobre verdad desnuda librada a los lacayos…*

En ningún caso se trata de convencer; se trata en definitiva de matar. Uno de los fines perseguidos por el desencadenamiento de los procesos de Moscú fue hacer imposible la discusión entre comunistas oficiales y comunistas de oposición. El totalitarismo no tiene enemigo más peligroso que el sentido crítico encarnizadamente a exterminarlo. Los clamores ahogan la objeción razonable y, si persiste, un ataúd se lleva al objetador hacia la morgue.

Una multitud de acusados cuyo proceso era esperado desaparecían para siempre en las tinieblas, las ejecuciones se sucedían por millares si proceso de ninguna clase.

Debo repetir que los viejos bolcheviques estaban impregnados de un fanatismo de partido tal, de un patriotismo soviético tal que los hacía capaces de aceptar los peores suplicios, incapaces por eso mismo de una traición.

Algunos marcharon hasta la tumba titurando su conciencia misma para servir una vez más al partido. Con una o dos excepciones, todos los que se declararon "trotskistas" no lo eran, no lo habían sido nunca, estaban incluso profundamente en desacuerdo con Trotsky. Conozco personalmente varios casos de ese tipo.

Una horrible lógica presidió la hecatombe. El poder pretendía suprimir los equipos de reserva en la víspera de la guerra y castigar a unos chivos expiatorios para encontrar responsables del hambre, de la desorganización de los transportes, de la miseria de las que él mismo era responsable. Una vez asesinados los primeros bolcheviques, era necesario evidentemente asesinar a todos los demás, convertidos en testigos incapaces de perdonar. Fue necesario también, después de los primeros procesos, suprimir a aquellos que los habían montado y que conocían sus entretelas".

Stalin instaura la confesión consentida de una mentira como verdad. La novela "El caso Tulayev" me permitió entender cómo se produce en cada persona esa aberración. Provisto de un sexto sentido, Víctor Serge no sólo ve los orígenes del totalitarismo sino su expansión. Los denuncia, sin la ilusión de ser escuchado, impulsado por el fervor del compromiso. El futuro de la revolución, dice, no tiene nada que ver con el devenir de los revolucionarios.

La Revolución rusa de 1917 fue rematada por fuerzas provenientes de sus propios rangos. Sus mejores hombres habían sido asesinados. Trostky, jefe del ejército rojo y artífice de la victoria, también era perseguido por Stalin.

Serge retrata así a Trostky:

"*Aparecía vestido con una especie de uniforme blanco sin insignias y tocado con el ancho kepis plano, también blanco; de hermosa prestancia, de ancho pecho, barbita y cabellos muy negros, relámpago de los anteojos, menos familiar que*

Lenin, con algo autoritario en el porte. Tal vez lo veíamos así, mis amigos y yo, comunistas de espíritu crítico, que lo admirábamos sin tenerle cariño. Su severidad, sus exigencias de puntualidad en el trabajo y en la lucha, su corrección absoluta de aspecto en una época de descuido popular, se prestaban a los ataques insidiosos de cierta malevolencia demagógica.

La Guepeú vino a sacarlo por sorpresa. Si era asesinado misteriosamente, cosa que todos temíamos, seguiría siendo el símbolo de la revolución apuñalada. Vivo, continuaría su lucha y su obra mientras pudiese sostener una pluma entre los dedos, mientras hubiese un aliento en su pecho, aunque fuese en el fondo de las cárceles… Más que la lucidez de sus juicios de economista y de político, más que el vigor de su estilo, esa firmeza hacía de Trotsky, en una época de desgaste moral, un hombre ejemplar cuya sola existencia, aunque estuviese amordazada, devolvía la confianza al hombre".

Serge siempre trabajó en la Internacional. Después de la muerte de Lenin, se une a Trostky y a la oposición de izquierda. Después del exilio forzado de este último, continúa actuando, a cara descubierta. Es excluido del partido. Sin embargo, nunca deja de reivindicar la libertad de creación y el espíritu crítico. Siempre es posible, piensa, revertir el curso trágico de la historia. Será detenido en Leningrado en abril de 1928 y vivirá otra vez la experiencia de la cárcel.

Escribirá en esos años, palabras indispensables de escuchar hoy en el mundo entero:

"*Defensa del hombre. Respeto del hombre. Hay que devolverle derechos, una seguridad, un valor. Sin ello, no hay socialismo. Sin ello, todo es falso, fracasado, viciado. El hombre, cualquiera que sea, aunque fuese el último de los hombres. "Enemigo de clase', hijo o nieto de burgueses, poco me importa, nunca hay que olvidar que un ser humano es un ser humano. Se olvida todos los días bajo mis ojos, en todas partes, es la cosa más indignante, la más antisocialista del mundo*".

La persecución está en todas partes, hostigante, enloquecedora. Los procesos de Moscú y el conjunto de la mecánica represiva de Stalin hicieron desaparecer a cerca del 90 % de los protagonistas de la Revolución de Octubre. Casi la totalidad de los viejos bolcheviques amigos de Lenin fueron fusilados. De esa manera, por olas sucesivas, serán eliminados los anarquis-

tas, los trotskistas, el estado mayor del Ejército Rojo, los kulaks, los técnicos, los comerciantes. Víctor Serge escribe: "Si es medianoche en el siglo".

La revolución quema a los mejores, detrás de los muertos vienen los muertos en vida. ¿Es ese el resultado fatal de todas las revueltas? ¿La esperanza de un mundo más justo es un embeleco? ¿Debemos sacrificar nuestra vida a la verdad, a la libertad? Esas preguntas recorrían también las filas de los militantes chilenos.

Serge pagó un enorme precio. Con la prohibición de trabajar, sobrevive a la pobreza, constantemente vigilado. Esta situación destruye a su mujer que es internada varias veces en hospitales psiquiátricos.

En 1933 es condenado finalmente a la deportación. Parte con su hijo Vlady, de 13 años de edad, a Orenbourg, ciudad fronteriza con los montes Urales.

"*Cuando llegamos allí, en julio de 1933, un hambre sin nombre reinaba junto con la destrucción y el deterioro.*

En las ruinas de las iglesias, bajo porches abandonados, en el borde de la estepa bajo las ropas de Ural, veíamos a familias kirghizes, tumbadas en montón, morir lentamente de hambre. La gente pasaba sin mirarlos.

No se sabía con precisión si estaban vivos o muertos.

Decidí trabajar (escribir) como si tuviera un porvenir ante mí; después de todo, era posible. Cincuenta por ciento de oportunidades de sobrevivir y el otro cincuenta por ciento de desaparecer en las cárceles. A cualquier precio, irrevocablemente mantendría contra el despotismo aquel mínimo de derecho y de dignidad: el derecho a pensar libremente".

"El caso Víctor Serge", su deportación, estalla y durante años agita el medio de los escritores franceses y belgas. La mayoría de los intelectuales son cercanos al Partido Comunista. Sólo algunos amigos fieles darán la pelea por su liberación. Finalmente, en 1935, el escritor Romain Rolland, invitado de honor de la Unión Soviética, pide, en el transcurso de un desayuno privado con Stalin, la libertad de Serge. Stalin acepta. Serge será uno de los pocos liberados de los campos.

Es expulsado de la Unión Soviética con su familia y una pequeña maleta, algunos de sus manuscritos se perdieron para siempre. Así empiezan años de desplazamientos para este apátrida.

Primero vive en Bruselas. Después de un año de gestiones, Francia acepta finalmente recibirlo. Permanecerá en el país con permisos temporales hasta 1941. Sin documentos a la llegada de los alemanes se ve obligado a huir.

Gracias al "Comité de socorro americano" de Marsella, Serge consigue llegar a México en 1941. El duro exilio que seguirá no logra quebrarlo.

De su obra surge también una mirada sobre su exilio en Mexico, rechaza el rol de víctima, nunca se queja, se levanta, escribe:

"*Exiliado político de nacimiento, he conocido las ventajas reales y los pesados inconvenientes del desarraigo. Ensancha la visión del mundo y el conocimiento de los hombres; disipa las nieblas de los conformismos y de los particularismos asfixiantes; preserva de una suficiencia patriótica que no es en verdad sino mediocre contento de uno mismo*.

Por espíritu conservador, en un tiempo en que nada puede conservarse ya sin cambio, la mayoría de los estados modernos se han hecho cómplices de la persecución de esos defensores de la libertad. Ahora que estamos llegando a ser millones, la cosa tal vez va a cambiar… No deploro, por mi parte, llevar esta tonelada de plomo sobre la nuca, pues no me he sentido extranjero en ninguna parte, sino reconociendo donde quiera, en la diversidad de los lugares y de la gente, la unidad de la tierra y de los hombres".

Es el escritor Régis Débray el que me lleva a México, ahí donde Víctor Serge murió en la miseria en 1947. Conocimos a su hijo Vlady, pintor de grandes murales históricos… En la primera cita le pregunté: ¿Cómo tu padre pudo aguantar durante esos largos años de desplazamientos y soledad?

Mi padre, me dijo con ironía, puede resumirse en estas palabras: "De derrota en derrota… hasta la victoria final". Desde ese momento la frase y su explosión de risa se incrustaron en mi.

Régis agrega: "En el fondo, lo que me apasiona en Serge es la tragedia de la soledad. Es un hombre que ve todo con claridad y que es abandonado por todos. Entonces la inteligencia más el carácter puede matarte a un hombre. Víctor Serge tiene la inteligencia más el carácter, es decir: incorruptible, rígido en sus convicciones, tenaz hasta el final. Y por lo tanto padeció esa tragedia, pues la clarividencia siempre es castigada.

¿Quién va a inclinarse ante la tumba de Víctor Serge? ¿A quién le interesa incluirlo en el patrimonio? Nadie se siente implicado.

Es el disidente de todas la disidencias, el *outlaw*, el perfecto fuera de la ley. El hombre que a la vez quiere integrarse en la historia activa y que desde que es miembro o está presente en un grupo o una estructura, una organización, detecta la mentira de la organización o de la estructura y la abandona.

Los comunistas no lo querían, por supuesto, porque fue uno de los primeros en denunciar la mistificación estalinista. Los troskistas tampoco porque se peleó con Trotsky. El movimiento libertario anarquista tampoco, porque es un anarquista que se volvió bolchevique, lo que resulta incómodo.

Resultado… Víctor Serge muere como militante, desesperado en ese momento, pero conservando la convicción de que tuvo razón de mantener la esperanza. Y eso es una figura que se nos ha hecho muy ajena, esa rectitud, esa integridad, esa inflexibilidad. Es realmente un hombre completo, permanece completo, Serge, y es lo que hace de él un personaje un poco extraño para nosotros. Extraño y sin duda una lección de moral.

Tomar partido por el débil y el vencido, es decir tomar partido por los hombres que pierden, por la gente que no está del lado del éxito, parece ser el hilo conductor de lo que es llamado la Izquierda desde siempre, eso es. Y Víctor Serge me parece muy emblemático de esa ética a la vez totalmente minoritaria y completamente intratable."

Víctor Serge parece responderle hoy hacia el final de su libro:

"*Sobrevivir es la cosa más desconcertante –lo sigo pensando todavía– por distintas razones. ¿Para qué sobrevivir si no es por aquellos que no sobreviven? Esta idea confusa justifica mi suerte y mi tenacidad dándole un sentido –y por muchas otras razones, hoy todavía me siento unido a muchos hombres a los que sobrevivo, y justificado por ellos. Los muertos están para mí muy cerca de los vivos, distingo mal la frontera que los separa*".

En mis noches de insomnio releo con frecuencia "Memorias de un revolucionario": "*No somos unos vencidos. Sólo hemos sido vencidos por ahora. Todos cargamos con muchos errores y fallas detrás nuestro porque el proceso de todo pensamiento*

creador sólo puede ser vacilante y a tropezones. Y concluye: Tengo más confianza en el hombre y en el futuro de la que tenía entonces".

Hoy me murmura: "*Ningún peligro, ningún resentimiento justifican el desaliento pues la vida continúa, y tendrá la última palabra*". ◆

Oh lluvia de estrellas en las tinieblas
constelación de hermanos muertos
Les debo mi silencio más negro
mi dureza, mi indulgencia
por todos esos días que parecen vacíos,
lo que me queda de dignidad
por una hoguera en el desierto.
¡Pero que se haga el silencio
en las altas figuras de la proa!
El ardiente periplo continúa,
el rumbo es de buena esperanza…
¿Cuándo será tu turno, cuándo el mío?
El rumbo es de buena esperanza.
(Poema "Por una hoguera en el desierto")

Por qué resulta invencible la revolución

La policía debía verlo todo, entenderlo todo, saberlo todo, poderlo todo. El poderío y la perfección de su aparato parecía tanto más terrible cuanto que hallaba recursos insospechados en los bajos fondos del alma humana.

Sin embargo, no pudo impedir nada. Durante medio siglo defendió inútilmente a la autocracia contra la revolución, la que cada año se hacía más fuerte.

Por otra parte, sería erróneo dejarse impresionar por el mecanismo aparentemente perfecto de la Seguridad imperial. Es cierto que al frente suyo se hallaban algunos hombres inteligentes, algunos técnicos de gran valer profesional; pero toda la maquinaria reposaba sobre el trabajo de una caterva de funcionarios ignorantes. En los informes mejor confeccionados se hallan los más divertidos disparates. El dinero aceitaba todos los engranajes de la enorme máquina; la ganancia es un fuerte estimulo, pero ineficaz. Nada de grande se hace sin noble desinterés. Y la autocracia sólo tenía defensores interesados en su provecho.

Si después del derrumbe del 26 de marzo de 1917, todavía fuera necesario demostrar, con hechos tomados de la historia de la Revolución Rusa, la vanidad de los esfuerzos del director del Departamento de la Policía, podemos citar multitud de argumentos como el que nos ofrece el expolicía M. E. Bakai. En 1906, tras la represión de la primera revolución, cuando el jefe de la policía Trusévich reorganizó la Ojrana. las organizaciones revolucionarias de Varsovia, principalmente las del Partido Socialista Polaco,"suprimieron durante el año, 20 militares, 7 gendarmes, 56 policías, e hirieron a 92; en resumen, pusieron fuera de combate a

Capítulo XIX "conclusión" del libro de Víctor Serge LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN, publicado en 1925.

179 agentes de la autoridad, Destruyeron además 149 expendios de alcohol de la administración. En la preparación de estas acciones participaron centenares de hombres que, en la mayoría de los casos, no fueron fichados por la policía". M. E. Bakai observa que, en los períodos de auge de la revolución, los agentes provocadores frecuentemente hacían mutis; pero reaparecían cuando ascendía la reacción. Igual que los cuervos en los campos de batalla.

En 1917, la autocracia se derrumbó sin que las legiones de soplones, de provocadores, de gendarmes, de verdugos, de guardias municipales, de cosacos, de jueces, de generales, de popes, pudieran desviar el curso inflexible de la historia. Los informes de la Ojrana redactados por el general Globachev constatan la proximidad de la revolución y prodigan al zar advertencias inútiles. Lo mismo que los más sabios médicos llamados para asistir a un moribundo no pueden sino constatar, minuto a minuto, los progresos de la enfermedad, los omniscientes policías del imperio veían impotentes cómo el mundo zarista se precipitaba al abismo...

Porque la revolución era consecuencia de causas económicas, psicológicas, morales, situadas más allá de ellos y fuera de su alcance. Estaban condenados a resistirle inútilmente y a sucumbir. Porque es la eterna ilusión de los gobernantes creer que pueden anular los efectos sin considerar las causas, legislar contra la anarquía o contra el sindicalismo (como en los Estados Unidos), contra el socialismo (como Bismarck lo hizo en Alemania), contra el comunismo, como se hace hoy un poco por doquier. Vieja experiencia histórica. El imperio romano también persiguió inútilmente a los cristianos. El catolicismo inundó Europa de hogueras, sin lograr derrotar la herejía, la vida.

En verdad, la policía rusa se vio desbordada. La simpatía instintiva o consciente de la inmensa mayoría de la población estuvo con los enemigos del antiguo régimen. El martirio cotidiano de éstos suscitaba la adhesión de algunos y la admiración del gran número. Sobre este viejo pueblo cristiano ejercía una influencia irresistible la vida de apóstoles de los propagandistas que, renunciando al bienestar y a la seguridad, afrontaban, para llevarle un nuevo evangelio a los miserables, la prisión, el exilio siberiano y la muerte misma. Volvían a ser "la sal de la tierra": eran los mejores, los únicos portadores de una inmensa esperanza y por eso se les perseguía.

Tenían de su lado sólo la fuerza moral, la de las ideas y los sentimientos. La autocracia ya no era un principio vivo, Nadie creía ya en su necesidad, Carecía de ideólogos. La religión misma, por boca de sus pensadores más sinceros, condenaba a aquel régimen que no reposaba sino en el empleo sistemático de la violencia. Los más grandes cristianos de la Rusia moderna, dujobortzi y tolstoianos, eran anarquistas. Pero una sociedad que ya no reposa en ideas vivas, aquella en la cual los principios fundamentales están muertos, sobrevive, cuando mucho, por la fuerza de la inercia.

Pero en la sociedad rusa de los últimos años del antiguo régimen, las ideas nuevas -subversivas- habían logrado una fuerza sin contrapeso. Todo el que en la clase obrera, en la pequeña burguesía, en el ejército y en la marina, en las profesiones liberales pensaba y obraba, era revolucionario, es decir "socialista" de alguna manera. No existía una mediana burguesía satisfecha, como en los países de la Europa occidental. El antiguo régimen no era defendido más que por el clero, la nobleza cortesana, los financieros, algunos políticos, en resumen, por una aristocracia ínfima. Las ideas revolucionarias hallaban terreno favorable en cualquier lugar. Durante mucho tiempo, la nobleza y la burguesía entregaron a la revolución sus mejores hijos. Cuando un militante se escondía, hallaba numerosas ayudas espontáneas, desinteresadas, devotas. Cuando un revolucionario era arrestado hallaba cada vez más frecuentemente que los soldados encargados de conducirlo simpatizaban con él y entre los carceleros casi hubo "camaradas". Tan era cierto que en la mayoría de las prisiones resultaba fácil comunicarse clandestinamente con el exterior. Esta simpatía también facilitaba las evasiones. Guerchuni, condenado a muerte y transferido de una prisión a otra, encontró gendarmes que eran "amigos". Búrtzev, en su lucha contra la provocación, halló antaño preciosa colaboración en un alto funcionario del Ministerio del Interior, el señor Lopujin, casualmente un hombre honesto, y en un viejo policía, Bakai. Yo conocí a un revolucionario que había sido vigilante en una prisión. Los casos de "vigilantes" convertidos por los detenidos no eran raros... En cuanto al estado de espíritu de los elementos más atrasados de la población -desde el punto de vista revolucionario- estos hechos son sintomáticos.

Y éstas no son más que causas aparentes, superficiales, superpuestas a otras más profundas. El poder de las ideas, la fuerza moral, la organización y la mentalidad revolucionaria no eran más que los resultados de una situación económica cuyo desarrollo se enca-

minaba hacia la revolución. La autocracia rusa encarnaba el poder de una aristocracia de grandes terratenientes y de una oligarquía financiera, sometida a influencias extranjeras a las que, por lo demás, les estorbaban las instituciones poco propicias al desarrollo de la burguesía, Poco numerosa, desprovista de influencia política, descontenta, la clase media urbana daba sus hijos juventud estudiantil, intelectuales- a la revolución, a una revolución liberal, se comprende, pues no quería ver subir al mujik y al obrero. La gran burguesía industrial, comerciante, financiera, deseaba una monarquía constitucional "a la inglesa", en la que, naturalmente, ejercería el poder. Abrumada por los impuestos, presa en los tiempos de paz, en la época de la prosperidad europea, de hambres periódicas, desmoralizada por el monopolio del vodka, explotada brutalmente por popes, policías, burócratas y grandes propietarios, la masa rural acogía con fervor, después de más de medio siglo, los llamamientos de los revolucionarios: "¡Campesino, apodérate de la tierra!" Y como esta masa proporcionaba al ejército la inmensa mayoría de sus efectivos, la carne de cañón de Lyaoyang y Mukden, así como los verdugos de todas las sublevaciones, el ejército, trabajado por las organizaciones militares de los partidos clandestinos, ese ejército mantenido en la obediencia por los consejos de guerra y por "el gobierno del puñetazo en el hocico", bullía de amargura. Una clase obrera todavía joven, multiplicada tan rápidamente como se desarrollaba la industria capitalista, privada del elemental derecho de hablar sus idiomas propios, de conciencia, de organización de prensa (derechos que eran desconocidos por el antiguo régimen ruso), ignorante de los engaños del régimen parlamentario, viviendo en cuchitriles, recibiendo salarios bajos, sometida al policía arbitrario, en resumen, colocada frente a las nuevas realidades de la lucha de clases, tomaba más clara conciencia de sus intereses cada día que pasaba. Treinta nacionalidades vencidas por el imperio, privadas del elemental derecho de hablar sus lenguas, colocadas en la imposibilidad de tener una cultura nacional, rusificadas a golpes de látigo, no eran mantenidas bajo el yugo más que por constantes medidas represivas. En Polonia, en Finlandia, en Ucrania, en los países bálticos, en el Cáucaso, se gestaban revoluciones nacionales, prestas a aliarse con la revolución agraria, la insurrección obrera, la revolución burguesa... La cuestión judía surgía por todas partes.

En la cúspide del poder, una dinastía degenerada rodeada de im-

béciles. El peluquero Felipe cuidaba mediante hipnotismo la salud vacilante del presunto heredero. Rasputín quitaba y ponía ministros desde sus habitaciones privadas. Los generales robaban al ejército, los grandes dignatarios saqueaban el Estado. Entre este poder y la nación, una burocracia, innumerable, que vivía sobre todo del cohecho.

En el seno de las masas, las organizaciones revolucionarias, amplias y disciplinadas, activas constantemente, poseedoras tanto de una vasta experiencia como del prestigio y del apoyo de una magnífica tradición... Tales eran las fuerzas profundas que trabajaban por la revolución. ¡Y contra ellas, en la vana esperanza de impedir la avalancha, la Ojrana tensaba sus delgados alambrados!

En esta deplorable situación, la policía obraba sabiamente. Bueno. Lograba, digamos, "liquidar" a la organización socialdemócrata de Riga. Setenta capturas decapitaban al movimiento en la zona. Imaginémonos por un momento una liquidación total. Nadie ha escapado. ¿Y luego?

Para comenzar, estas setenta capturas no dejaban de ser advertidas. Cada uno de los militantes estaba en relación con por lo menos una docena de personas. Setecientas personas, cuando menos, se hallaban repentinamente encaradas con este hecho brutal: la captura de gentes honestas y valientes, cuyo crimen consistía en querer el bien común... El proceso, las condenas, los dramas privados que conllevan, provocaban una explosión de simpatía e interés hacia los revolucionarios. Si alguno de ellos lograba hacer oír una voz enérgica desde el banquillo de los acusados, podía decirse con certeza que la organización, al conjuro de esta voz, renacería de sus cenizas. Era cuestión de tiempo.

Luego, ¿qué hacer con los setenta militantes presos? No se podía más que encerrarlos durante un tiempo largo o deportarlos a las regiones desiertas de Siberia. Bueno. En la prisión -o en Siberia- hallan camaradas, maestros y alumnos. Los ocios obligatorios los dedican al estudio, a la formación teórica de sus ideas. Sufriendo en común se endurecen, adquieren temple, se apasionan. Tarde o temprano, evadidos, amnistiados -gracias a las huelgas generales- o liberados provisionalmente, se reintegraran a la vida social como revolucionarios "veteranos" o "ilegales", ahora mucho más fuertes que nunca. No todos, claro. Algunos morirán en el camino; dolorosa selección que tiene su virtud. Y el recuerdo de los amigos desaparecidos hará intransigentes a los que sobrevivan...

En fin, una liquidación nunca es total. Las precauciones de los revolucionarios preservarán a algunos. Los mismos intereses de la provocación exigen que se dejen algunos presos en libertad. Y el azar incide en el mismo sentido. Los "escapados", aunque metidos en situaciones difíciles, se hallan en capacidad de aprovechar las circunstancias favorables del medio...

La represión no se vale en definitiva más que del miedo. Pero ¿basta el miedo para anular las necesidades, el anhelo de justicia, la inteligencia, la razón, el idealismo, todas aquellas fuerzas revolucionarias que expresan la pujanza formidable y profunda de los factores económicos de una evolución? Valiéndose de la intimidación, los reaccionarios se olvidan que causaron más indignación, más odios, más sed de martirio que temor verdadero. No intimidan sino a los débiles: exasperan a los mejores y templan la resolución de los más fuertes.

¿Y los provocadores?

A primera vista, pueden causarle al movimiento revolucionario perjuicios terribles. Pero, ¿de verdad es así?

Gracias a su concurso, la policía puede, ciertamente, multiplicar las capturas y las "liquidaciones" de grupos. En determinadas circunstancias, puede contrarrestar los más profundos planes políticos. Puede acabar con militantes valiosos. Los provocadores han sido a menudo los proveedores directos del verdugo. Todo ello es terrible, ciertamente. Pero tampoco es menos cierto que la provocación nunca puede anular sino a individuos o a grupos y que es casi impotente contra el movimiento revolucionario en su conjunto.

Hemos visto cómo un agente provocador se encargaba de hacer entrar a Rusia (en 1912) propaganda bolchevique; cómo otro (Malinovsky) pronunciaba en la Duma discursos redactados por Lenin; cómo un tercero organizaba la ejecución de Plehve. En el primer caso, nuestro pillo puede entregar a la policía una cantidad considerable de literatura; sin embargo, no puede, a riesgo de quemarse inmediatamente, entregar toda la literatura, incluso no podrá sino entregar una cantidad muy restringida. Buena o malamente contribuye, pues, a su difusión. Si un folleto propagandístico es divulgado por un agente secreto o por un devoto militante, los resultados son siempre los mismos: lo esencial es que sea leído. Si la ejecución de Plehve fue preparada por Azev o por Savinkov, no debe importamos saberlo. Aun si fuese el resultado de la lucha entre

las camarillas de la policía, tampoco. Lo importante es que Plehve desaparezca. Los intereses de la revolución en este caso son mucho más importantes que los maquiavelismos ínfimos e infames de la Ojrana Cuando el agente secreto Malinovsky hace oír en la Duma la voz de Lenin, el ministro del Interior hacia mal en regocijarse por el éxito de su agente pagado. La importancia que la palabra de Lenin tiene para el país no puede compararse con la que pueda tener la voz de un miserable. De manera que se puede, me parece, dar del agente provocador dos definiciones que se compensan, pero de las cuales la segunda es más significativa.

1) El agente provocador es un falso revolucionario;

2) El agente provocador es un policía que, sin querer, sirve a la revolución.

Aparenta que la sirve. Pero en semejante oficio no existen las apariencias. Propaganda, combate, terrorismo, todo es realidad. No se milita a medias o superficialmente.

Los miserables que en un momento de cobardía se precipitaron en este fango, lo pagaron. Recientemente, Máximo Gorki publicó en sus *Consideraciones retrospectivas* la curiosa carta de un agente provocador. El hombre escribía más o menos esto: "Yo estaba consciente de mi infamia, pero también sabia que ella no podía retardar ni un segundo el triunfo de la revolución."

Lo cierto es que la provocación hace más enconada la lucha. Incita al terrorismo, incluso a un terrorismo que los revolucionarios preferirían abstenerse de realizar. ¿Qué hacer, en efecto, con un traidor? La idea de perdonarlo no se le ocurriría a nadie. En el duelo entre la policía y los revolucionarios, la provocación agrega un elemento de intriga, de sufrimiento, de odio, de menosprecio. ¿Es más peligrosa para la revolución que para la policía? Yo creo lo contrario. Desde otros puntos de vista, la provocación y la policía tienen un interés inmediato en que siempre esté amenazado aquello que es la razón de ser del movimiento revolucionario. En caso de necesidad, antes que renunciar a una segunda fuente de beneficios, urden complots ellos mismos; es algo ya visto. En este caso, el interés de la policía está totalmente en contradicción con el del régimen que tiene por misión defender. Los manejos de provocadores de cierta envergadura pueden ser peligrosos incluso para el mismo Estado. Azev organizó un atentado contra el zar, atentado que se frustró únicamente por circunstancias totalmente fortuitas e imprevistas (el desfallecimiento de uno de los revolucionarios).

En ese instante, el interés personal de Azev -el cual le era más caro, sin duda, que la seguridad del imperio- exigía una acción de mucho ruido; pesaba sobre él en el partido socialista-revolucionario una sospecha que ponía en peligro su vida. Por otra parte, existió la duda de si los atentados que él había hecho posibles no servían a los designios de algún Fouché. Es posible. Pero intrigas semejantes entre los detentadores del poder sólo revelan la gangrena de un régimen y contribuyen no poco a su caída.

La provocación es mucho más peligrosa por la desconfianza que siembra entre los revolucionarios. Tan pronto algunos traidores han sido desenmascarados, la confianza desaparece del seno de las organizaciones. Es terrible, porque la confianza en el partido es la base de toda fuerza revolucionaria. Se murmuran acusaciones, luego se dicen en voz alta, generalmente no se pueden aclarar. De ahí resultan males en cierto sentido peores que los que podría ocasionar la misma provocación. Hay que recordar ciertos casos lamentables: Barbés acuso al heroico Blanqui y Blanqui, a pesar de sus cuarenta años de reclusión, a pesar de toda su vida ejemplar, de su vida indomable, jamás pudo quitarse de encima la infame calumnia. Bakunin también fue acusado. Y qué diremos de víctimas menos conocidas -y no por ello menos dañadas por la calumnia-: Girier-Lorion, anarquista, es acusado de provocación por el diputado "socialista" Delory; para sacudirse esta intolerable sospecha, dispara sobre los agentes y muere en el presidio. Parecido resultó el fin de otro valiente, anarquista también, en Bélgica: Hartenstein-Sokolov (Proceso de Gante, en 1909), a quien toda la prensa socialista enlodó innoblemente y que murió en la prisión... Es tradicional: ¡los enemigos de la acción, los cobardes, los cómodos, los oportunistas, gustosos toman su artillería de las cloacas! La sospecha y la calumnia les sirven para desacreditar revolucionarios. Y así seguirá siendo.

Este mal la sospecha y la desconfianza entre nosotros sólo puede ser limitado y aislado por un gran esfuerzo de voluntad. Se debe impedir -y ésta es condición previa de toda lucha victoriosa contra la verdadera provocación, que al acusar calumniosamente a un militante "hace el juego"- que nadie sea acusado a la ligera, e impedir además que una acusación formulada contra un revolucionario sea simplemente aceptada sin discusión. Cada vez que un hombre sea siquiera rozado por una sospecha, un jurado formado por camaradas deberá determinar si se trata de una acusación fundada o

de una calumnia. Son simples reglas que se deberán observar con inflexible rigor si se quiere preservar la salud moral de las organizaciones revolucionarias.

Y, por lo demás, aunque fuera peligroso para los individuos, no se deberán sobreestimar las fuerzas del agente provocador: en gran medida, depende también de cada militante defenderse eficazmente.

Los revolucionarios rusos, en su larga lucha contra la policía del antiguo régimen, habían alcanzado un conocimiento práctico y seguro de los procedimientos y métodos de la policía. Si ella era fuerte, ellos lo eran más. Cualquiera que sea la perfección de las gráficas elaboradas por los especialistas de la Ojrana sobre la actividad de una organización dada, se puede estar seguro de antemano de encontrar en ellas lagunas. Difícilmente -decíamos era completa una "liquidación" de grupo, porque a fuerza de precauciones, siempre escapará alguno. En la tan laboriosa gráfica de las relaciones de B. Savinkov, faltan, por cierto, algunos nombres; y acaso los más importantes. Los militantes rusos consideraban, en efecto, que la acción clandestina (ilegal) está sujeta a leyes inflexibles. A cada instante se preguntaban:

"¿Estará esto de acuerdo con las reglas de la conspiración?"

El código de la conspiración tuvo en Rusia, entre los grandes enemigos de la autocracia y del capital, teóricos y prácticos destacados. Estudiarlo a fondo seria de gran utilidad. Debe contener las reglas más sencillas, precisamente aquellas que, a causa de su sencillez, se olvidan a menudo.

Gracias a esta ciencia de la conspiración, los revolucionarios pudieron vivir ilegalmente en las capitales rusas durante meses y años. Eran capaces de convertirse, según lo exigiera el caso, en comerciantes viajeros, en cocheros, en "extranjeros adinerados", en sirvientes, etc. En todos estos casos era indispensable que dominaran sus papeles. Para volar el Palacio de Invierno, el obrero Stepán Jalturin estudió durante semanas la vida de los obreros que trabajaban regularmente en el palacio. Kaliáev, para vigilar a Plehve en Petrogrado, se hizo cochero. Lenin y Zinóviev, acorralados por la policía de Kerensky, lograron refugiarse en Petrogrado y sólo salían maquillados. Lenin fue obrero fabril.

La acción ilegal, a la larga, crea hábitos y una mentalidad que se puede considerar como la mejor garantía contra los métodos policíacos. ¿Qué policías talentosos, qué pícaros hábiles se podrán

comparar con los revolucionarios seguros de si mismos, circunspectos, reflexivos y valientes que obedecen una consigna común?

Cualquiera que sea la perfección de los métodos empleados para vigilar a los revolucionarios, ¿no se encontrará siempre en los movimientos y en las acciones de éstos una incógnita irreductible? ¿No aparecerá siempre, en las ecuaciones más cuidadosamente elaboradas por el enemigo, una enorme y temible X? ¿Qué traidor, soplón o sabueso sagaz descifrará la inteligencia revolucionaria? ¿quién medirá el poder de la voluntad revolucionaria?

Cuando se tiene a favor las leyes de la historia, los intereses del futuro, los requerimientos económicos y morales que conducen a la revolución cuando se sabe con certeza lo que se quiere, las armas propias y las del enemigo; cuando se ha elegido la acción ilegal; cuando hay confianza en uno mismo y sólo se trabaja con aquellos en los cuales se tiene confianza; cuando se sabe que la obra revolucionaria exige sacrificios y que toda devota semilla fructificará centuplicada, entonces se es invencible.

La prueba es que los miles de expedientes de la Ojrana, los millones de fichas del servicio de información, las maravillosas gráficas de sus técnicos, las obras de sus científicos, todo este mirífico arsenal está ahora en manos de los comunistas rusos. Los policías, un día de disturbios, huyeron entre el griterío de la muchedumbre; a los que se logró agarrar por el pescuezo se les zambulló, definitivamente en los canales de Petrogrado; en su mayoría los funcionarios de la Ojrana fueron fusilados. Todos los provocadores que se pudo identificar corrieron la misma suerte. Y un día, un poco para ilustrar a los camaradas extranjeros, reunimos en una especie de museo cierto número de piezas particularmente curiosas, tomadas de los archivos secretos de la Seguridad del imperio... Nuestra exposición se realizó en una de las salas más bellas del Palacio de Invierno; los visitantes podían hojear, junto a una ventana situada entre dos columnas de malaquita, el libro de registro de la fortaleza de Pedro y Pablo, la tenebrosa Bastilla del zar, sobre cuyos viejos torreones se veía, del otro lado del Neva, ondear la bandera roja.

Aquellos que lo vieron saben que la revolución es invencible aun antes de vencer. ◆

Carta de Víctor Serge a Andreu Nin

Mi querido Andrés, mi viejo amigo:
Estoy muy preocupado por tu suerte, y más satisfecho todavía, al saber, en fin, que estás en la gran tormenta, empleando como es debido tus minutos.

He vacilado en escribirte, dándome cuenta perfecta de la vanidad de las palabras y de todo lo que se puede sentir, pensar y decir de lejos en momentos en que sólo cuenta la acción. Dudo que tu mismo puedas escribir. Sin embargo, hazme llegar algo y envíame vuestras publicaciones. Que me traigan algo del aire tónico de una revolución en la cual yo creo desde hace cerca de 20 años. Yo creo en ella porque conozco bastante a los obreros de España y la situación general en que os encontráis, y porque, desde 1917, me parece que tenéis una misión excepcional que cumplir en el Occidente enfermo. La gran enfermedad de Occidente, esta descomposición del viejo régimen sobre el cual nacen fascismos, es, al fin y al cabo, la debilidad de la clase obrera. En ninguna parte, salvo durante algunos años en Rusia, nuestra clase ha estado a la altura de su misión. La clase obrera ha dejado escapar las mejores ocasiones para poner fin al caos, liberándose: se ha dejado llevar por charlatanes, ingenuos y cobardes, y su carencia revolucionaria ha hecho la fortuna histórica de los Mussolini y de los Hitler. Pero su debilidad se explicaba por la sangría que le había afligido la guerra. ¿Cuál sería hoy la fisonomía de Europa si Francia, Alemania, Italia, Austria tuvieran cinco o seis millones de proletarios más, que ahora serían hombres de unos cuarenta años, curtidos por la experiencia del trabajo y de la lucha? Pero el proletariado español no ha sufrido esa sangría espantosa, ha conservado todas sus fuerzas vivas. Su supe-

Víctor Serge estuvo ligado al movimiento obrero y revolucionario español desde su participación en la huelga general de 1917. Durante su colaboración con la Comisión Ejecutiva de la 1nternacional Comunista trabó gran amistad con Andreu Nin. En la guerra civil apoyó al POUM y colaboró en diversas ocasiones en *La Batalla*.

rioridad numérica y moral (resultado de la integridad de sus fuerzas, imagen del equilibrio interior parejo al del hombre sano) es tal como me parece indiscutiblemente la clase destinada a vencer. Todas las derechas juntas no forman contra la clase obrera más que una minoría instruida, cierto, con generales muy manejables, pero menos capaces de batirse bien incluso con igualdad de fuerzas: los generales saben sobre todo enviar a los otros a las carnicerías... Para que ellos pudiesen vencer, haría falta que existiesen por vuestra parte divisiones insensatas, errores, retrocesos, faltas de visión. O que un hombre de genio, una especie de Bonaparte, nacido providencialmente para apuñalar a su país, se encontrase entre los militares y lograse hacer prodigios. Yo creo que la Historia no produce tales hombres contra las masas: yo no sugiero esta hipótesis sino para presentar el problema en toda su amplitud.

Hay que contar con los acontecimientos para conseguir hombres nuevos, para formar en la hoguera misma el verdadero partido de la revolución llamado a asumir todas las responsabilidades. Hombres de todos los partidos, de todas las tendencias y de ninguna, lo formarán sin pensar demasiado en ello y prodigándose en la acción cotidiana. En todas partes, en cada momento, hay lugar para las iniciativas, el sacrificio, el valor, la inteligencia revolucionaria: al poner cada uno lo que puede, vosotros veréis formarse en todas partes los verdaderos cuadros del proletariado. A mi entender, la propaganda debe dirigirse especialmente a estos nuevos militantes, sin conceder demasiada importancia a la formación que tengan, con un espíritu fraternal, decidido a disminuir todo lo que divide y a fortificar todo lo que une.

Yo me pregunto cómo os planteáis el problema del poder. Muchos querrían ahogarlo en la defensa de la República (¿Qué República? ¿La que mantiene un ejército para asesinar al país? Porque, al fin y al cabo, la República ha alimentado hasta aquí a vuestros generales de Melilla). La causa que se halla realmente en juego es la de la clase obrera y del socialismo. Para algo debe servir la desgracia, para algo debe servir la sangre de tantos camaradas. Haría falta ser muy cándido o muy zorro para hacerse ilusiones todavía sobre las fórmulas democráticas "sensatas" que os han conducido a la situación en que os encontráis. Si los generales yerran el golpe, os prestarán un gran servicio, arrancando los antifaces, destruyendo las ilusiones, obligando finalmente al proletariado a dar los pasos decisivos hacia una república totalmente distinta, en donde la

democracia sea la libertad y el poder los trabajadores, en lugar de ser un compromiso con la contrarrevolución emboscada detrás del parapeto de las leyes de las que no tiene inconveniente en burlarse cuando le conviene. Después de esta lección yo creo que ya no se trata de volver al punto de partida y que los elementos sinceramente republicanos de la pequeña burguesía y la burguesía misma, bastante inteligentes para tratar de economizarse una guerra civil todavía más atroz, deben comprenderlo. Sólo la clase obrera puede vencer al fascismo: sólo ella puede construir una república digna de ese nombre, una democracia que ya no será una trampa. La clase obrera tiene el derecho al poder. Ella puede y debe comenzar a curar sus heridas, a suprimir la miseria, a transformar la sociedad. Vacilar hoy en este punto sería tanto como comprometerlo todo, porque no se puede pedir a los obreros que se hagan matar si no tienen otra cosa más seria que defender que la república de los señores Alcalá Zamora y Azaña. He visto con alegría que las necesidades mismas de la lucha habían conducido al armamento del proletariado, y después a medidas de nacionalización y de control obrero en diversas esferas. Quizás recuerdes que hace algunos años yo te envié, desde Leningrado donde me hallaba entonces, casi como un prisionero, una especie de mensaje que había de servir de prólogo a un librito mío que tú tenían intención de editar: "Lenin en 1917". Yo te citaba las primeras cartas de Lenin, escritas en los primeros días de la revolución rusa, en Zurich. Yo las titulaba: "El arte de comenzar la revolución". Armamento de los obreros, escribía Lenin en marzo de 1917, formación de las milicias obreras, he aquí la única salvación. Ya está hecho. Ahora, a conservar las armas recordando las experiencias de 1848 y de siempre: el pueblo lucha en las barricadas y después los políticos escamotean el poder y hacen asesinar a las vanguardias revolucionarias. Así se fundan generalmente las repúblicas burguesas. Desconfiad, amigos míos: no hay que temer solamente a los generales. Hay abogados más hábiles, mejor disfrazados, que mañana os pedirán que devolváis los fusiles, que no vayáis demasiado deprisa y que dejéis intactas las cajas de caudales. Después de correr el riesgo de ser asesinados, vais a correr el riesgo de ser engañados.

Pero podemos tener en vosotros una inmensa confianza. Vuestra salvación está en vosotros mismos. De vuestra firmeza y de vuestra justa visión depende todo. No hay poder más legítimo que el de un pueblo en armas y en estado de legítima defensa. ¿Qué institu-

ciones obreras pueden llenar en España las funciones que ejercieron los soviets en la Revolución Rusa? ¿Las alianzas obreras? ¿Los sindicatos? ¿Los Comités revolucionarios? No se puede discernir de tan lejos vuestras posibilidades. Pero una cosa es cierta: y es que so pena de ser vencida finalmente (incluso si comienza victoriosamente), la clase obrera debe controlarlo todo por medio de sus organizaciones y la iniciativa de todos: el poder, la producción, el ejército, el abastecimiento, las comunicaciones. La clase obrera no puede contar más que con ella misma. El Frente Popular no será útil sino en la medida en que esté controlado por la clase obrera. Control obrero del poder, control obrero de la producción, control obrero de las fuerzas armadas. Este último punto es indiscutiblemente uno de los más importantes.

He leído que Ascaso ha muerto. Esa muerte me ha conmovido enormemente, aunque sólo conocía de él su leyenda de militante. Los periódicos han hablado de incidentes graves, provocados por otros anarquistas. Yo he recordado la revolución rusa. Allí tuvimos también nuestros Ascaso, como Justin Jouk, que después de salir de la prisión de Schlusselburg, sovietizó la ciudad pagando con su vida; como Jelezn Ian, que expulsó a los charlatanes de la Constituyente (muerto en Ucrania por los blancos). Pero no supieron salvar del desastre al movimiento anarquista ruso, ni dar a la revolución proletaria todo cuanto su capacidad les hubiera permitido porque los desordenados, los instintivos, los sin escrúpulos, los incontrolables, acumulaban demasiados errores y algo peor. Es necesario que esta triste historia no se repita en España. Si los camaradas de la CNT y de la FAI saben imponerse una disciplina de hombres libres en un período revolucionario, su influencia constituirá un antídoto precioso frente a las tendencias estatales y burocráticas del movimiento obrero: su colaboración vivificará la libertad obrera. Yo pienso en todo esto con una tensión de todo mi ser. ¿Acaso el peligro común, la común voluntad de vencer y de transformar el mundo, la comunidad de sangre y de aspiraciones, ya que tanto para los unos como para los otros "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", no son suficientes para reconciliar en la acción y por la acción y la emulación al servicio de la revolución, a los anarquistas y a los marxistas? ◆

Bruselas, 7 de agosto de 1936

Vida temprana de Stalin

El 21 de diciembre de 1879, en el pueblo de Didi-Lilo, cerca de Tiflis, Ekaterina Dzhugashvili, que era de origen alano, le dio a su marido, Visarión Dzhugashvili, un hijo al que llamaron Iosif, José, y apodaron afectuosamente Sosó. Casi no se sabe nada del padre. De cepa campesina, fue artesano, zapatero; tal vez, bebedor. El niño parece haber sido educado por la madre, que quería que se instruyera. De una escuela provinciana pasó al seminario de Tiflis para volverse sacerdote, pues esta era la única carrera que se ofrecía a los jóvenes del pueblo. Ekaterina Dzhugashvili acabó sus días hace pocos años en el modesto departamento de la antigua residencia de los virreyes del Cáucaso. Se saben muy pocas cosas sobre la infancia y la adolescencia del seminarista. Georgia, pobre y desprovista de medios de comunicación, sufría en aquella época de varios yugos sobrepuestos. La administración rusa trataba a los georgianos como pueblo conquistado, pero se sometían mal, pues eran demasiado orgullosos, demasiado buenos tiradores. Sus propios príncipes, arruinados en su mayoría, eran cazadores, bebedores, aventureros, orgullosos como los hidalgos de la decadencia de España y los maltrataban voluntaria, paternalmente. Vivían en la miseria y la opresión, eran sacudidos por revueltas periódicas y alimentaban su alma con relatos de la resistencia al invasor del norte. Siete años antes que José Dzhugashvili llegase al seminario un rector-arcipreste había sido apuñalado por un seminarista. El ferrocarril de Bakú acababa de llegar a Tiflis; en torno a las primeras industrias mecanizadas nacía un proletariado miserable y fatigado al que los seminaristas, ellos mismos convertidos al socialismo por el Manifiesto Comunista de Karl Marx, aportaban con ardor un nuevo ideal. Hagamos notar que el Manifiesto, escrito en Francia a principios del desarrollo industrial de Occidente, podía aplicarse

Escrito por Víctor Serge en 1940.

bastante bien a un país donde el capitalismo hacía brutalmente su aparición. El seminario de Tiflis ya había formado varios hombres llamados a desempeñar un papel en la historia, como Noé Jordania, fundador de la socialdemocracia georgiana, y Chjeidze, que en 1917 debía presidir el soviet de Petrogrado. La enseñanza religiosa era ritual y limitada, e inferior en mucho a la enseñanza revolucionaria, por elemental que fuese ésta. Dzhugashvili se volvió ateo en el seminario al leer algo sobre Darwin; al comprender los esquemas más claros del Manifiesto se consideró marxista. Así, la revuelta natural que incubaba su generación tomó en él una forma consciente.

No se sabe si fue expulsado del seminario o si su madre lo sacó de ahí como lo sigue sosteniendo ella, por razones de salud. Este detalle podría tener una importancia psicológica. ¿Dio muestras de ser un hábil simulador para parecer inteligente, o fue expulsado, pero por incapacidad? Los archivos del seminario existen y si no se ha querido sacar nada de ahí es, ciertamente, con razón.

Estamos entre 1898 y 1900. La vieja santa Rusia imperial, señorial, burocrática y campesina ha entrado en las tormentas de la industrialización. Señalemos brevemente algunas fechas. 1861: emancipación -más bien teórica- de los siervos por un decreto de Alejandro II. El "zar liberador" murió en 1881, en una calle de San Petersburgo, despedazado por las bombas del partido de la "Voluntad del Pueblo", que se limitaba a exigir una constitución. Se ahorcó a los regicidas y se proclamó, bajo Alejandro III, la autocracia "inquebrantable". El terrorismo se extinguió, pero las huelgas iban a multiplicarse. La industria rusa, ampliamente alimentada por los capitales extranjeros, se benefició, en su desarrollo, con todos los recursos, materias primas, mercados, mano de obra a precios irrisorios de un vasto país primitivo. ¿Por qué fabrica revolucionarios en serie? Porque los contrastes sociales son extremadamente marcados. La burguesía creciente es atacada por las instituciones burocráticas y aristocráticas del Antiguo Régimen, a las que aprende a odiar. Las clases medias de las ciudades no tienen derechos ni porvenir y he aquí que es de ellas de donde salen los intelectuales. El campesinado, totalmente abajo en la escala social, carece de tierras, de recursos, de todo. El campesinado es el que proporciona obreros a las manufacturas y a las fábricas, donde se trabaja hasta catorce horas al día. En 1898 fue necesaria una huelga en la capital para que los tejedores obtuvieran la jornada de

11 horas y media. El pago de los salarios dependía, a menudo, de la arbitrariedad patronal.

En 1876 se llevó a cabo, en una plaza de San Petersburgo, la primera manifestación de estudiantes socialistas bajo la insignia de la bandera roja. En 1892 se forman los primeros círculos socialistas en los que se encuentran, entre otros estudiantes, Vladimir Ulianov, que luego será Lenin, y su compañera Nadiezhda Krúpskaia. En 1887 el hermano de Vladimir, Aleksander, fue ahorcado por haber participado en un complot terrorista en el qué también se hallaban implicados dos jóvenes polacos, Bronislaw y José Pilsudsky... En 1896 León Bronstein, que luego sería Trotsky, funda un círculo obrero en el sur de Rusia. Desde 1894 existe un partido socialdemócrata ruso, aunque todavía insignificante. Sus fundadores se hallan en prisión, donde leen a Marx. Lenin escribe en prisión su primer folleto. Luego se fuga de Siberia y se va a Munich a redactar Iskra (La chispa), para agrupar a la juventud militante. Pese a su sólida apariencia, todo el viejo imperio entra poco a poco en fermentación. En la Europa de ese tiempo es el único Estado que se puede comparar, a causa de su régimen interior, con los Estados totalitarios de hoy. Su secular robustez parece desafiar al tiempo. Es precisa la audacia de los jóvenes cirujanos apasionados para osar decir que el paciente, ese coloso, ha sido atacado por un mal mortal.

La verdad estalla en 1905. El imperialismo ruso, que progresa sin cesar en Asia desde hace varios siglos, llegó a los bordes del Pacífico. En las fronteras de Manchuria y Corea choca con el imperialismo japonés, nacido de la revolución de 1868. En un año los rusos sufren en los campos de batalla de Manchuria, en Liao-Yang y Mukden, irreparables derrotas. Su flota, llegada de Europa, es destruida en el estrecho de Tsushima por el almirante Tojo. Pierden la fortaleza de Port Arthur. Independientemente del valor de los mujiks, a los que se les han dado fusiles, pierden todo porque el estado de los transportes es inverosímil y la corrupción de los funcionarios es comparable con la incapacidad de los generales de la corte. La incuria del régimen se agrava con sus contradicciones políticas, que hacen desear la derrota a gran parte de la población ilustrada. De esta derrota nace una Jacquerie,es decir, la arremetida de los campesinos contra las tierras señoriales. Los nidos de los señores arden, los atentados, las huelgas, los motines militares se producen por centenas. El

17 de octubre de 1905 una huelga general espontánea obliga al zar Nikolai II a conceder a su pueblo un régimen constitucional cuasiparlamentario y libertades democráticas... A estos días de alegría les siguen días de sangre; y es entonces cuando la reacción, tras haberse recuperado, gracias a la fidelidad del grueso del ejército, reprime despiadadamente las insurrecciones, hace pedazos el levantamiento de Moscú, hace arrestar al Soviet, es decir al Consejo de diputados obreros de San Petersburgo, presidido por el joven revolucionario llamado León Trotsky que acaba de decretar la jornada de ocho horas...

La primera Revolución rusa fue una prodigiosa llamarada. Produjo, por millares, combatientes, héroes, ideólogos, políticos, fanáticos, aventureros. Todos los nombres que entraron en la historia unos doce años más tarde ya entonces figuraron en un buen lugar excepto el de José Dzhugashvili. En el Cáucaso, sin embargo, la tormenta tuvo tal violencia que arrasó con todo durante algunos momentos y la revolución gobernó el país, con excepción de algunos islotes.

Dzhugashvili tiene veintiséis años. Milita en los círculos socialdemócratas de Tiflis, de Batumi, en el Mar Negro, de Bakú, en el Mar Caspio, bajo diversos seudónimos, de los cuales prefiere uno, significativo: Koba, que tomó del personaje de una novela. Esto, que data de su primera juventud, revela tal vez el único impulso que tuvo hacía un destino patético. Sabemos que escribía versos detestables y se nos ha asegurado que existen, y que se le conocieron tragedias de un movimiento y una grandilocuencia impetuosas, a la manera del escritor polaco, entonces de moda, Pzybychevsky, que a su vez se inspiraba en Nietzsche. Si estos ensayos literarios existen están bien ocultos y, sin duda, con razón. Sobre la actividad revolucionaria de Koba se sabe poco. Biógrafos tan atentos como Boris Suvorin y León Trotsky (en una gran obra aún inédita) han estudiado, línea por línea, la vasta documentación existente y no han encontrado nada notable, aunque sí han advertido muchos puntos oscuros.

Dzhugashvili fue empleado del observatorio de Tiflis, pero vivió sobre todo de la vida pobre y azarosa del militante, más o menos alimentado a expensas de las pequeñas organizaciones que también eran muy pobres. Afiliado al círculo del Partido Obrero Socialdemócrata de Tiflis, desde 1898 se hizo notar, entre los obreros del depósito de ferrocarriles, por su carácter antisocial --e in-

cluso se ha escrito intrigante--; y en 1908 tuvo que abandonar la pequeña capital para ir a militar a Batumi. Tal vez había sido expulsado del grupo de Tiflis por haber calumniado a algunos de sus miembros con el fin de adquirir él mismo más autoridad. Un viejo revolucionario georgiano que le conoció en esa época me decía: "Era un muchachito desenvuelto. Capaz. Pero soberanamente socarrón, que sabía muy bien sembrar la cizaña..." En Batumi fundó un círculo de obreros, participó en una huelga, a la que siguió una manifestación en la calle, donde corrió la sangre. La represión, severa, no lo golpeó sino con moderación y esto prueba que en todo aquello desempeñó un oscuro papel o que se mostró muy hábil para hacer que otros actuaran sin que él fuera percibido. ◆

Treinta años después de la Revolución Rusa

Los años 1938-1939 han marcado un nuevo rumbo decisivo. Se ha concluido la transformación de las instituciones y de las hábitos de los cuadros del Estado, llamado todavía soviético aunque no lo sea para nada, gracias a las "depuraciones" implacables, dando lugar a un sistema perfectamente totalitario, pues sus dirigentes son los dueños absolutos de la vida social, económica, política y espiritual del país; el individuo y las masas no poseen ningún derecho. La condición material de las ocho o nueve décimas partes de la población se mantiene en un nivel muy bajo. El conflicto abierto con los campesinos se prolonga bajo formas atenuadas. Se hace evidente que, poco a poco, una contrarrevolución ha triunfado. La URSS, al intervenir en la guerra civil española, ha intentando controlar al gobierno de la república y se ha opuesto, con los peores medios -corrupción, chantaje, represión, asesinato-, al movimiento obrero que se inspiraba en los ideales un día compartidos. Una vez consumada la derrota de la República española, no sin que Stalin tenga parte de responsabilidad, la URSS pactó pronto, al principio en secreto, con el Tercer Reich. En el punto más álgido de la crisis europea pueden verse a las dos potencias, la fascista y la antifascista, la bolchevique y la antibolchevique, abandonar sus máscaras y unirse en el reparto de Polonia. La URSS extiende, con el consentimiento de la Alemania nazi, su hegemonía sobre los países bálticos que se separaron de Rusia durante las luchas de 1917-1919. Este cambio de la política internacional rusa se explica por los intereses de una casta dirigente ávida e inquieta, reducida a una capitulación moral frente al Tercer Reich al que teme por su superioridad técnica. Las similitudes internas de las dos dictaduras lo han facilitado.

¡Qué espantoso camino hemos recorrido en estos treinta años! El acontecimiento más esperanzador, más grandioso de nuestro

Escrito en México, julio-agosto de 1947. Este texto es comúnmente considerado como el "testamento político" de Víctor Serge.

tiempo, parece volverse contra nosotros. ¿Qué nos queda del entusiasmo inolvidable de 1917? Muchos hombres de mi generación, que fueron comunistas desde el primer momento, no guardan otro sentimiento que el rencor hacia la revolución rusa. Quedan muy pocos testigos y participantes. El partido de Lenin y Trotsky ha sido fusilado. Los documentos han sido destruidos, escondidos o falsificados. Sobreviven sólo y en gran número los emigrados que estuvieron siempre en contra de la revolución. Escriben libros, son enseñantes, cuentan con el apoyo del conservadurismo, todavía poderoso y, por otra parte, incapaz, en esta época de convulsión mundial, de desarmarse o de demostrar objetividad... Una pobre lógica, mostrándonos el negro espectáculo de la URSS estalinista, afirma la debacle del bolchevismo, la del marxismo, la del socialismo... Escamoteo fácil, en apariencia, de los problemas mundiales que aquejan al mundo y que no dejarán de lastrarle de inmediato. ¿Olvidan las otras debacles? ¿Qué ha hecho el cristianismo durante las catástrofes sociales? ¿Qué ha pasado con el liberalismo? ¿Qué ha producido el conservadurismo ilustrado o reaccionario? ¿No han engendrado a Mussolini, a Hitler, a Salazar o a Franco? Si se tratara de plantear con honestidad las debacles de las ideologías, tendríamos trabajo para largo. Y nada ha acabado aún...

Todo acontecimiento es a la vez definitivo y transitorio. Se prolonga en el tiempo bajo aspectos, a veces, imprevisibles. Antes de esbozar un juicio sobre la revolución rusa, recordemos los cambios de rumbo y de perspectivas de la revolución francesa. El entusiasmo de Kant ante la toma de la Bastilla... El Terror, Termidor, el Directorio, Napoleón. Entre 1789 y 1802, la república libertaria, igualitaria y fraternal fue absolutamente negada. Las conquistas napoleónicas, creadoras de un orden nuevo, sólo en el nombre, chocan por su similitud con las de Hitler. El emperador se convirtió en "el Ogro". El mundo civilizado se unió contra él, la Santa Alianza pretendía restablecer y estabilizar en toda Europa el antiguo régimen… Sin embargo, vemos que la revolución francesa, con la irrupción de la burguesía, del espíritu científico y de la industria, alimentó al siglo XIX. Pero treinta años después, en 1819, en el tiempo de Luis XVIII y del zar Alejandro I, ¿no parece como uno de los más costosos fracasos históricos? ¡Cuántas cabezas cortadas, cuántas guerras, para llegar a una mezquina restauración monárquica!

Es natural que la falsificación de la historia esté hoy al orden del día. Entre las ciencias inexactas, la historia es aquella que lesiona más intereses materiales y psicológicos. Sobre la revolución rusa pululan leyendas, errores, interpretaciones tendenciosas, aunque sea fácil informarse sobre los hechos… Pero, evidentemente, es más cómodo escribir y hablar sin informarse.

A menudo se afirma que "el golpe de mano bolchevique de octubre-noviembre de 1917 derribó una democracia naciente..." Nada más falso. En Rusia, la República no había sido proclamada, no existía ninguna institución democrática fuera de los Sóviets o de los Consejos obreros, de campesinos y de soldados... El gobierno provisional, presidido por Kerenski, se había negado a llevar a cabo la reforma agraria, a abrir las negociaciones de paz reclamadas por la voluntad popular, a tomar medidas efectivas contra la reacción. Vivía una transición entre dos complots permanentes: el de los generales y el de las masas revolucionarias. Nada hacía pensar en el establecimiento pacífico de una democracia socializante, la única que hubiera sido hipotéticamente viable. A partir de septiembre de 1917 la alternativa se daba entre la dictadura de los generales reaccionarios o en la de los Sóviets. En ésto coinciden dos historiadores desde posiciones opuestas: Trotsky y el hombre de Estado liberal de derechas, Miliukov. La revolución soviética o bolchevique fue el resultado de la incapacidad de la revolución democrática, moderada, inestable e inoperante que la burguesía liberal y los partidos socialistas contemporizadores dirigieron después de la caída de la autocracia.

Se continúa afirmando que la insurrección del 7 de noviembre (25 de octubre en el calendario juliano) de 1917 fue la obra de una minoría de conspiradores: el Partido bolchevique. Nada se opone más a los hechos verificables. 1917 fue un año de acción de masas asombroso por la multiplicidad, la variedad, la potencia, la perseverancia de las iniciativas populares que empujaron a levantarse a los bolcheviques. Las demandas agrarias se extendían por toda Rusia. En el ejército, la insubordinación aniquilaba la vieja disciplina. Cronstadt y la flota del Báltico habían rechazado categóricamente obedecer al gobierno provisional y sólo la intervención de Trotsky en el Sóviet de la base naval evitó un conflicto armado. El Sóviet de Tachkent, en Turkestán, había tomado el poder por su propia cuenta... Kerenski amenazaba al Sóviet de Kaluga con la artillería... Un ejército de 40.000 hombres

en el Volga se negaba a obedecer. En las afueras de Petrogrado y de Moscú se formaban guardias rojos obreros. La guarnición de Petrogrado se ponía a las órdenes del Sóviet. En los Sóviets, la mayoría de los socialistas moderados se pasaban pacíficamente a los bolcheviques, sorprendiéndoles a ellos mismos este cambio. Los socialistas moderados abandonaban a Kerenski, que no podía contar más que con los militares que llegaron a ser tremendamente impopulares. Estas son las razones por las cuales la insurrección venció en Petrogrado, casi sin derramamiento de sangre, con entusiasmo. Hay que volver a leer, sobre estos acontecimientos, las formidables páginas de John Reed y de Jacques Sadoul, testigos presenciales. El complot bolchevique fue literalmente conducido por una colosal ola ascendente.

Conviene recordar que el imperio se había hundido en febrero-marzo de 1917 bajo el empuje del pueblo desarmado de las afueras de Petrogrado. La confraternización espontánea de la guarnición con las manifestaciones obreras decidió la suerte de la autocracia. Más tarde, se buscaría a los desconocidos que tomaron la iniciativa de esta confraternización; se encontró a muchos, la mayoría de ellos ha quedado en el anonimato... Los dirigentes y militantes más cualificados de todos los partidos revolucionarios estaban en esos momentos en el extranjero o presos. Los pequeños grupos que existían en Petrogrado estaban tan sorprendidos y sobrepasados por los acontecimientos ¡que los bolcheviques se proponían publicar un llamamiento a la vuelta al trabajo en las fábricas! Cuatro meses más tarde, la experiencia del gobierno de coalición de los socialistas moderados y de la burguesía liberal suscitó una cólera tal que a principios de julio la guarnición y los barrios obreros organizaron, ellos mismos, una gran manifestación armada bajo la consigna de todo el poder a los Sóviets. Los bolcheviques desaprobaron esta iniciativa tomada por desconocidos, uniéndose de mala gana al movimiento para conducirle a una liquidación tan dolorosa como peligrosa. Estimaban, probablemente con razón, que el país no seguiría a la capital. Se convirtieron, naturalmente, en la cabeza de turco. La persecución y la calumnia ("agentes de Alemania") cayó inmediatamente sobre ellos. A partir de ese momento supieron que si no se ponían a la cabeza del movimiento de masas ganarían la impopularidad y los generales cumplirían su objetivo.

El general Kornilov se mete en la aventura en septiembre de 1917, con la complicidad manifiesta de una parte del gobierno Ke-

renski. Lenin y Zinoviev escondidos, Trotsky en prisión, los bolcheviques están acosados. Las tropas de Kornilov se disgregan al contacto con los ferroviarios y los agitadores obreros.

Los funcionarios de la autocracia vieron venir la revolución; no supieron impedirla. Los partidos revolucionarios la esperaban; no supieron, no pudieron provocarla. Una vez desencadenados los acontecimientos, no les quedaba más que participar con más o menos clarividencia y voluntad.

Los bolcheviques asumieron el poder porque, en la selección natural que se produjo entre los partidos revolucionarios, ellos fueron los más aptos para expresar de una forma coherente, clarividente y voluntariosa, las aspiraciones de las masas movilizadas. Conservaron el poder, vencieron en la guerra civil porque las masas populares finalmente les apoyaron, a pesar de las vacilaciones y los conflictos, del Báltico al Pacífico. Este gran hecho histórico ha sido reconocido por la mayoría de los enemigos rusos del bolchevismo. Hélène Kousskova, propagandista liberal en la emigración, escribía recientemente que es "incontestable que el pueblo no apoyaba ni al movimiento de los Blancos (...) ni la lucha por la Asamblea Constituyente (...)". Los Blancos representaban la contrarrevolución monárquica, los Constituyentes, el antibolchevismo democrático. Por eso, hasta el final de la guerra civil, en 1920-1921, la revolución rusa aparece ante nosotros como un inmenso movimiento popular al que el Partido bolchevique dota de un cerebro y un sistema nervioso, así como de dirigentes y cuadros.

Se afirma que los bolcheviques quisieron inmediatamente el monopolio del poder. ¡Otra leyenda!. Al contrario, temían el aislamiento en el poder. Muchos de ellos fueron partidarios, al principio, de un gobierno de coalición socialista. Lenin y Trotsky rechazaron la coalición con los partidos socialistas moderados que habían conducido la revolución de marzo al fracaso y que se negaban a reconocer al régimen de los Sóviets. Pero el Partido bolchevique solicitó y obtuvo la colaboración del Partido socialista revolucionario de izquierdas, partido campesino dirigido por intelectuales idealistas hostiles al marxismo. A partir de noviembre de 1917 hasta el 6 de julio de 1918, los socialistas-revolucionarios de izquierda participaron en el gobierno. Rechazaron, junto a un tercio de conocidos bolcheviques, admitir la paz de Brest-Litovsky y, el 6 de julio de 1918, dieron una batalla insurreccional en Moscú en la que proclamaban su intención de "gobernar

solos" y de "recomenzar la guerra contra el imperialismo alemán". Su mensaje radiado ese día fue la primera proclamación de un gobierno de partido único. Fueron vencidos y los bolcheviques tuvieron que gobernar solos. A partir de ese momento, su responsabilidad aumentó, su mentalidad cambió.

¿Constituían antes o después de la escisión del Partido obrero socialdemócrata ruso en mayoría (bolcheviques) y minoría (mencheviques), un partido profundamente diferente a otros partidos revolucionarios rusos? Se les imputa un carácter autoritario, intolerante, amoral en la elección de los medios; una organización centralizada y disciplinada que contenía el germen del estatismo burocrático; un carácter dictatorial e inhumano. Tanto autores eruditos como ignorantes coinciden en señalar la "amoralidad" de Lenin, su "jacobinismo proletario", su "revolucionarismo profesional". Una mención a la novela-panfleto de Dostoievski, Los Poseídos, y el ensayista cree haber esclarecido los problemas por él creados.

Todos los partidos revolucionarios rusos, ya desde 1870-1880, fueron autoritarios, fuertemente centralizados y disciplinados en la ilegalidad, para la ilegalidad; todos formaron "revolucionarios profesionales", es decir, hombres que vivían exclusivamente para la lucha; todos podrían, ocasionalmente, ser acusados de una cierta amoralidad práctica, aunque sea justo reconocerles un idealismo ardiente y desinteresado. Casi todos estaban imbuidos de una mentalidad jacobina, proletaria o no. Todos crearon héroes y fanáticos. Todos, con excepción de los mencheviques, aspiraban a una dictadura, y los mencheviques georgianos recurrieron a procedimientos dictatoriales. Todos los grandes partidos eran estatalistas, tanto por su estructura como por la finalidad que se asignaban. En realidad, había, más allá de las divergencias doctrinales importantes, una única mentalidad revolucionaria.

Recordemos el temperamento autoritario del anarquista Bakunin y sus métodos de organización clandestina en el seno de la primera Internacional. En su Confesión Bakunin preconiza una dictadura ilustrada, pero sin piedad, ejercida por el pueblo… El Partido socialista-revolucionario, imbuido de un ideal republicano, más radical que socialista, formó, para combatir la autocracia por el terrorismo, un "aparato" rigurosamente centralizado, disciplinado, autoritario, presa fácil de la provocación policial. La socialdemocracia rusa, de conjunto, ambicionaba la conquista del Estado. Nadie tuvo un lenguaje más jacobino en relación a la futura revo-

lución rusa que su dirigente Plejánov. El gobierno Kerenski, donde los socialistas-revolucionarios y los mencheviques tenían bastante fuerza, utilizaba, sin cesar, un lenguaje dictatorial, totalmente veleidoso. Los mismos anarquistas, en las regiones ocupadas por el Ejército Negro de Nestor Makhno, ejercían una auténtica dictadura, acompañada de confiscaciones, requerimientos, arrestos y ejecuciones. Y Makhno fue "batko", padrecito, jefe...

Los socialdemócratas mencheviques de derecha, como Dan y Tseretelli, deseaban un poder fuerte. Tseretelli recomendó la represión del bolchevismo antes de que fuera tarde... Los mencheviques de izquierda, de la tendencia de Martov, parecen haber sido el único grupo político profundamente interesado en una concepción democrática de la revolución, lo que constituye, desde un punto de vista filosófico, una honrosa excepción.

Las características propias del bolchevismo que le confieren una innegable superioridad sobre los partidos rivales con los que compartía una amplia mentalidad común son: a) la convicción marxista; b) la doctrina de la hegemonía del proletariado en la revolución; c) el internacionalismo intransigente; d) la unidad de pensamiento y acción. Entre muchos hombres, la unidad de pensamiento y acción condujo a la fe en su propia voluntad.

El realismo marxista de 1917 nos parece hoy un poco esquemático. El mundo ha cambiado, las luchas sociales son mucho más complejas de lo que eran entonces. Durante la revolución rusa, este realismo, apoyado por importantes conocimientos económicos e históricos, estuvo a la altura de las circunstancias. Contenía eficaces antídotos contra la fraseología liberal, el doble juego, la dilación interesada, la abdicación honorable e hipócrita. Los socialistas moderados estimaban que Rusia llevaba a cabo una "revolución burguesa", destinada a abrir al capitalismo una era de desarrollo, dotándose del estatuto político de democracia burguesa... Los bolcheviques creían que sólo el proletariado podía hacer la revolución "burguesa", pero sin ir más allá; que el socialismo no podía triunfar en un país tan atrasado, pero que correspondería a una Rusia socializante dar el impulso al movimiento obrero europeo. Lenin no preveía, en 1917, la nacionalización completa de la producción, sino sólo el control obrero sobre ella; más tarde pensó en un régimen mixto, de capitalismo y estatalismo; sin embargo, en 1918, el estallido de la guerra civil impuso la nacionalización completa como medida inmediata de defensa... La intransigencia

internacionalista de los bolcheviques descansaba en la fe en una próxima revolución europea, más madura y más fecunda que la revolución rusa... Esta visión de futuro no les era exclusiva. Era compartida, también, por la ideología socialista europea, aunque, de hecho, los grandes partidos no creían en la revolución. El continuador alemán de Marx, Karl Kautsky, había teorizado hasta 1908 la próxima revolución socialista; Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Karl Liebknecht profesaban la misma convicción. La diferencia esencial entre los bolcheviques y los otros socialistas parece haber sido de naturaleza psicológica, debido a la formación particular de la intelligentsia revolucionaria y del proletariado ruso. No había lugar en el Imperio de los zares ni para el oportunismo parlamentario, ni para los compromisos cotidianos; una realidad social tan simple como brutal engendró una fe completa y activa. En este sentido, los bolcheviques fueron más rusos y estuvieron más al unísono con las masas rusas que los socialistas-revolucionarios y los mencheviques, cuyos cuadros estaban empapados de una mentalidad occidental, evolucionista, democrática, según las tradiciones de los países capitalistas avanzados.

Abramos el difícil capítulo de los errores y las responsabilidades. No sin lamentar que en un estudio tan breve no nos sea posible considerar los errores, las responsabilidades y los crímenes de las potencias y de los partidos que combatieron la revolución soviética-bolchevique. A falta de este contexto decisivo, estamos obligados a contentarnos con una visión unilateral.

Yo escribía, en 1929, en mi libro Retrato de Stalin, publicado en París (Grasset): "...el error más incomprensible -porque fue deliberado- que estos socialistas (los bolcheviques), dotados de grandes conocimientos históricos, cometieron, fue el de crear la Comisión extraordinaria de Represión de la Contra-Revolución, de la Especulación, del Espionaje, de la Deserción, llamada abreviadamente Checa, que juzgaba a los acusados y a los simples sospechosos sin ni siquiera escucharlos o verlos, sin permitirles, en consecuencia, ninguna posibilidad de defensa (...), deteniendo en secreto y ejecutando. ¿Qué era sino una Inquisición? Sin duda, un estado de sitio o una dura guerra civil necesitan medidas extraordinarias; pero, ¿les está permitido a los socialistas olvidar que la publicidad de los procesos es la única garantía contra la arbitrariedad y la corrupción para no retroceder más allá de los procedimientos expeditivos de Fouquier-Tinville? El error y

la responsabilidad son patentes, las consecuencias han sido espantosas ya que la GPU, es decir, la Checa, ampliada bajo nuevo nombre, acabó por exterminar toda la generación revolucionaria bolchevique..." No queda más que remarcar, en favor del Comité central de Lenin, algunas circunstancias atenuantes, importantes a los ojos de la sociología. La joven república vivía expuesta a mortales peligros. Su indulgencia hacia generales como Krasnov y Kornilov les costó sangre a raudales. El antiguo régimen había utilizado ampliamente el terror. La iniciativa del terror fue tomada por los Blancos, ya en noviembre de 1917, para masacrar a los obreros del arsenal del Kremlin; vuelta a tomar por los reaccionarios finlandeses en los primeros meses de 1918, a mayor escala, antes de que el "terror rojo" fuera proclamado en Rusia. Las guerras sociales del siglo XIX, después de las jornadas de junio de 1848 y de la Comuna de París en 1871, estuvieron caracterizadas por el exterminio en masa de los proletarios vencidos. Los revolucionarios rusos sabían lo que les esperaba en caso de derrota. Sin embargo, la Checa fue benigna en sus comienzos, justo hasta el verano de 1918. Y cuando el "terror rojo" fue proclamado, después de los alzamientos contrarrevolucionarios, después del asesinato de los bolcheviques Volodarski y Ouritski, después de los dos atentados contra Lenin, la Checa empezó a fusilar a los rehenes, a los sospechosos y a los enemigos, sólo para canalizar, para controlar el furor popular. Dzerjinski temía mucho los excesos de las Checas locales; la estadística de los chequistas fusilados es, en este sentido, edificante.

Releyendo últimamente un pequeño libro, deplorablemente traducido al francés, los Recuerdos de un comisario del pueblo, del socialista-revolucionario de izquierdas Steinberg, he vuelto a encontrarme con esos dos significativos episodios. Habiendo sido disparados dos tiros contra Lenin a finales de 1917, una delegación obrera vino a decirle que si la contrarrevolución hacía derramar una sola gota de su sangre, el proletariado de Petrogrado le vengaría con creces... Steinberg, que colaboraba entonces con Lenin, hace notar el embarazo de éste. El episodio no fue difundido, justamente para evitar consecuencias trágicas. Por otro lado, los dos socialistas-revolucionarios que dispararon fueron arrestados, perdonados y, más tarde, pertenecieron al Partido bolchevique... Dos ex-ministros liberales, Chingariov y Kokochkine, al encontrarse enfermos en la cárcel, fueron trasladados al hospital. Fueron ase-

sinados en sus lechos; cuando informaron a Lenin, éste, absolutamente trastornado, ordenó al gobierno abrir una investigación y descubrieron que los autores de los crímenes eran marineros revolucionarios, apoyados y protegidos por el conjunto de sus camaradas. Rechazando la "mansedumbre" de los que estaban en el poder, los marineros la habían suplido mediante una iniciativa terrorista. De hecho, la tripulación de la flota rehusó entregar a los culpables. Los comisarios del pueblo decidieron "dejar pasar" el asunto. ¿Podían, en el momento en el que el sacrificio de los marineros era cada día más necesario para el bien de la revolución, abrir un conflicto con el terrorismo espontáneo? En 1920, la pena de muerte fue abolida en Rusia. Se creía próximo el final de la guerra civil. Yo creía que todo el Partido deseaba una normalización del régimen, el fin del estado de sitio, una vuelta a la democracia soviética, la limitación de los poderes de la Checa o, mejor, su supresión. Todo esto era posible, lo que equivale a decir que la salud de la revolución era posible. El país, agotado, quería comenzar la reconstrucción. Sus reservas de entusiasmo y de fe continuaban siendo grandes.

El verano de 1920 marca un fecha fatal. Hay que tener muy mala fe, por parte de los historiadores, para no señalarlo. Rusia entera vivía con la esperanza de la pacificación en el momento en que Pilsudski lanzó los ejércitos polacos contra Ucrania. Esta agresión, claramente inspirada por ánimos de conquista, coincidió con el reconocimiento acordado por Francia e Inglaterra al general barón Wrangel que ocupaba por entonces Crimea. La resistencia de la revolución fue instantánea. Polonia vencida, el Comité central pensó en provocar una revolución soviética. El fracaso del Ejército Rojo ante Varsovia hizo cambiar los propósitos de Lenin, pero lo peor fue que, a resultas de esta penosa guerra, en un país desangrado y empobrecido, ya no entró en consideración abolir la pena de muerte ni comenzar la reconstrucción sobre las bases de una democracia soviética... La miseria y el peligro esclerotizaron al Estado-Partido inmerso en ese régimen económico, intolerable para la población y inviable en sí, que se ha dado en llamar el "comunismo de guerra".

A principios de 1921 la sublevación de los marineros de Cronstadt fue, precisamente, una respuesta contra ese régimen económico y contra la dictadura del Partido. Sean cuales sean sus intenciones, un partido que gobierna a un país hambriento no po-

drá mantener su popularidad. La espontaneidad de las masas se había apagado; los sacrificios y las privaciones habían agotado a la minoría activa de la revolución. Los inviernos helados, las raciones insuficientes, las epidemias, los requerimientos en el campo extendían el rencor, la desesperanza, la ideología confusa de la contrarrevolución por el pan blanco. Si el Partido bolchevique hubiera aflojado las riendas del poder, ¿quién lo habría sucedido? ¿No era su deber mantenerlo? Hizo bien en hacerlo.

Se equivocó, sin embargo, al enloquecer ante la sublevación de Cronstad, ya que le era posible hacerlo de otra forma, como sabemos los que estábamos allí, en Petrogrado. Los errores y las responsabilidades del poder se funden en lo que respecta a Cronstadt en 1921. Los marineros se sublevaron porque Kalinin rehusó escucharles. Donde era necesaria la persuasión y la comprensión, el presidente del Comité ejecutivo de los Sóviets empleó la amenaza y el insulto. La delegación de Cronstadt al Sóviet de Petrogrado, en lugar de ser recibida fraternalmente, fue arrestada por la Checa. La verdad sobre el conflicto fue hurtada al país y al Partido por la prensa, que, por vez primera mintió, publicando que un general blanco, Kozlovski, ejercía la autoridad en Cronstadt. La mediación propuesta por los influyentes y bienintencionados anarquistas americanos, Emma Goldman y Alexandre Berkman, fue rechazada. Sonaron los cañones en una batalla fraticida y la Checa, después, fusiló a los prisioneros. Si, como indica Trotsky, los marineros habían cambiado después de 1918 y expresaban las aspiraciones del campesinado atrasado, hay que reconocer que el poder también había cambiado.

Lenin, al proclamar el fin del "comunismo de guerra" y la "nueva política económica", satisfizo las reivindicaciones económicas de Cronstadt después de la batalla y de la masacre. Reconocía así que el Partido y él mismo se habían aferrado a un régimen insostenible que ya Trotsky había alertado sobre sus peligros y propuesto un cambio un año atrás. La nueva política económica abolía las requisiciones en el campo, reemplazándolas por un impuesto en especie, restablecía la libertad de comercio y de la pequeña empresa, desterraba, en una palabra, la armazón mortal de la estatalización completa de la producción y del intercambio. Hubiera sido natural aflojar, al mismo tiempo, la armadura del gobierno por una política de tolerancia y reconciliación hacia los elementos socialistas y libertarios dispuesto a situarse sobre el terreno de la constitución

soviética. Rafael Abramovitch reprocha a los bolcheviques, con razón, no haber entrado en 1921 en esta vía. Por el contrario, el Comité central puso fuera de la ley a los mencheviques y anarquistas. Un gobierno de coalición socialista, si se hubiera formado en esa época, habría implicado algunos peligros internos, menores, sin embargo -a las pruebas me remito- que los del monopolio del poder... En efecto, el descontento del Partido y de la clase obrera obligó al Comité central a establecer, en lo sucesivo, el estado de sitio; un estado de sitio clemente, es cierto, en el interior del Partido. La oposición obrera fue condenada, y una depuración acarreó exclusiones.

¿Qué profundas razones motivaron la decisión del Comité central para mantener y fortalecer el monopolio del poder? En primer lugar, en estas crisis los bolcheviques no tenían confianza más que en ellos mismos. Acarreando solos las pesadas responsabilidades, singularmente agravadas por el drama de Cronstadt, temían abrir la competición política a los socialdemócratas mencheviques y al partido "campesino" de los socialistas-revolucionarios de izquierda. Finalmente, y sobre todo, creían en la revolución mundial, es decir, en la inminente revolución europea, sobre todo en Europa central. Un gobierno de coalición socialista y democrático hubiera debilitado a la Internacional comunista llamada a dirigir las próximas revoluciones. Quizá estamos tratando el error más grande y grave del Partido de Lenin-Trotsky. Como ocurre siempre en el pensamiento creativo, el error se mezcla con la verdad, con el sentimiento voluntarioso, con la intuición subjetiva. No se emprende nada sin creer en la empresa, sin medir los datos tangibles, sin perseguir el éxito, sin entrar en lo problemático y lo incierto. Toda acción se proyecta en el presente real hacia el futuro desconocido. La acción justificada por la inteligencia es aquella que se proyecta a sabiendas. La doctrina de la revolución europea ¿estaba, bajo este ángulo, justificada?

No creo que seamos capaces de responder a esta cuestión de forma satisfactoria, solamente me propongo delimitarla. No queda ninguna duda de que el capitalismo estable, creciente, relativamente pacífico, del siglo XIX, acabó en la primera guerra mundial. Tenían razón los marxistas revolucionarios que preconizaban que se abría una era de revoluciones que abarcaría al planeta entero y que si el socialismo no lograba imponerse en los principales países de Europa la barbarie y otro ciclo de "guerras

y revoluciones", según lo definía Lenin citando a su vez a Engels, se impondrían. Los conservadores, los evolucionistas y los reformistas que creyeron en el futuro de la Europa burguesa, sabiamente recortada por el Tratado de Versalles, apañada en Locarno, empapada de frases huecas por la Sociedad de Naciones, aparecen hoy como políticos sin visión. ¿Qué estamos viviendo sino una transformación mundial de las relaciones sociales, de los regímenes de producción, de las relaciones intercontinentales, de los equilibrios de fuerzas, de las ideas y las costumbres, es decir, una revolución mundial tan viva en Indonesia como incierta y titubeante en Europa? América, con sus formidables progresos técnicos, sus abrumadoras responsabilidades a escala mundial, sus impulsos sociales contradictorios, mantiene un lugar privilegiado, como corresponde al país industrial más rico y mejor organizado; pero nada de lo que pase en Grecia, en Japón, en las más remotas zonas árticas de la URSS; nada de lo que se haga o trame en Trieste o Madrid puede serle ajeno...

Los marxistas revolucionarios de la escuela bolchevique deseaban, querían, la transformación social de Europa y del mundo mediante la toma de conciencia de las masas trabajadoras, mediante la organización racional y justa de una sociedad nueva; se proponían trabajar para que el hombre dominara, por fin, su propio destino. Y es aquí donde se equivocaron, pues fueron vencidos. La transformación del mundo se desarrolla en medio de la confusión de las instituciones, de los movimientos y de las creencias, sin la aparición de una clara consciencia o de un humanismo renovado e, incluso, poniendo en peligro todos los valores, todas las esperanzas de los hombres. La tendencia general sigue siendo, sin embargo, la que el socialismo de acción ya indicaba desde 1917-1920: hacia la colectivización y la planificación de la economía, hacia la internacionalización del mundo, hacia la emancipación de los pueblos y las colonias, hacia la formación de democracias de masas de un nuevo tipo. La alternativa continúa siendo la que el socialismo preveía: la barbarie y la guerra, la guerra y la barbarie, el monstruo con dos cabezas.

Los bolcheviques creían, con razón, que la salud de la revolución rusa dependía de la posible victoria de una revolución en Alemania. La Rusia agrícola y la Alemania industrial hubieran sufrido, bajo el socialismo, un desarrollo extraordinario y pacífico. Con esta hipótesis cumplida, la república de los Sóviets no hubiera pa-

decido la asfixia burocrática interna... Alemania hubiera escapado de las tinieblas del nazismo y de la catástrofe. El mundo hubiera podido conocer otras luchas, pero nada nos autoriza a pensar que esas luchas hubieran producido maquinarias infernales como el hitlerismo y el estalinismo. Por el contrario, todo nos induce a pensar que una revolución triunfante en Alemania después de la primera guerra mundial hubiera sido infinitamente fecunda para el desarrollo social de la humanidad. Tales especulaciones sobre las posibles variantes de la historia son legítimas e incluso necesarias, si se quiere comprender el pasado y orientarse en el presente; para condenarlas, habría que considerar la historia como un encadenamiento de fatalidades mecánicas y no como el desarrollo de la vida humana en el tiempo.

Luchando por la revolución, los espartakistas alemanes, los bolcheviques rusos y sus camaradas de todos los países, luchaban para impedir el cataclismo mundial que acabamos de sobrevivir. Ellos lo sabían. Maduraron con una generosa voluntad de liberación. Quien quiera que haya estado con ellos no los olvidará nunca. Pocos hombres fueron tan devotos de la causa de los hombres. Ahora está de moda imputar a los revolucionarios de los años 1917-1927 una intención de hegemonía y de conquista mundial, pero conocemos muy bien los rencores y los intereses que trabajan por desnaturalizar la verdad histórica. En lo inmediato, el error del bolchevismo fue, no obstante, patente. La inestabilidad reinaba en Europa, la revolución socialista parecía teóricamente posible, racionalmente necesaria, pero no se hizo. La inmensa mayoría de la clase obrera de los países occidentales rechazó impulsar o sostener el combate; creyó en la vuelta del progreso social de antes de la guerra; se encontraba lo suficientemente bien como para temer los riesgos; se dejó alimentar por las ilusiones. La socialdemocracia alemana, conducida por dirigentes mediocres y moderados, temía los esfuerzos generales de una revolución fácilmente iniciada en noviembre de 1918 y siguieron las vías democráticas de la república de Weimar...

Cuando se reprocha al bolchevismo haber llevado a cabo una revolución por la violencia y la dictadura del proletariado, no sería justo dejar de considerar la experiencia contraria, la del socialismo moderado, reformista, que intentó agotar las posibilidades de la democracia burguesa hasta la llegada de Hitler. Los bolcheviques se equivocaron al valorar la capacidad política y la energía de las

clases obreras de Occidente y, en principio, de la clase obrera alemana. Este error, deudor de su idealismo militante, arrastró graves consecuencias. Perdieron el contacto con las masas de Occidente. La Internacional comunista pasó a ser un anexo del Estado-partido soviético. La doctrina del "socialismo en un solo país" nació de la decepción. En su momento, las tácticas estúpidas e incluso perversas de la Internacional estalinista facilitaron el triunfo del nazismo en Alemania...

Un primer balance de la revolución rusa hay que hacerlo sobre el año 1927. Han pasado ya diez años. La dictadura del proletariado se ha convertido, después de 1920-1921, -datos aproximados y discutibles- en la dictadura del Partido Comunista, sometido éste, a su vez, a la dictadura de la "vieja guardia bolchevique". Esta "vieja guardia" constituye, en general, una élite notable, inteligente, desinteresada, activa, tenaz. Los resultados obtenidos son grandiosos. En el extranjero, la URSS es respetada, reconocida, y, a menudo, admirada. En el interior, la reconstrucción económica ha llegado a su fin, sobre las ruinas dejadas por las guerras, con los únicos recursos del país y de la energía popular. Un nuevo sistema de producción colectivista ha sustituido al capitalismo y funciona bastante bien. Las masas trabajadoras de las Rusias han demostrado su capacidad de victoria, de organización y de producción. Se han instalado nuevas costumbres así como un nuevo sentimiento de dignidad en el trabajador. El sentimiento de la propiedad privada, que los filósofos de la burguesía consideraban como innato, está en vías de extinción natural. La agricultura se ha reconstruido a un nivel que alcanza e incluso sobrepasa al de 1913. El salario real de los trabajadores está sensiblemente por encima del de 1913, es decir, del de antes de la guerra. Ha surgido una nueva literatura llena de vigor. El balance de la revolución proletaria es netamente positivo. Pero ya no se trata sólo de reconstruir, sino de construir: de ampliar la producción, de crear nuevas industrias (automóvil, aviación, química, aluminio...); se trata de remediar la desproporción entre una agricultura restablecida y una industria débil.

La URSS está aislada y amenazada. Se trata de asegurar su defensa. Los marxistas no tienen mucha ilusión en el pacto Briand-Kellog que pone a la guerra "fuera de la ley"... El régimen está en una encrucijada, el Partido desgarrado por la lucha por el poder, y por el programa del poder, disponiendo a los viejos bolcheviques los unos contra los otros. Los continuadores más lúcidos de los

tiempos heroicos se han agrupado en torno a Trotsky. Pueden cometer errores tácticos, formular tesis insuficientes, vacilar, pero su mérito y su coraje no serán puestos en duda. Preconizan la industrialización planificada, la lucha contra las fuerzas reaccionarias y, sobre todo, contra la burocracia, por el internacionalismo militante, la democratización del régimen, empezando por el Partido. Han sido vencidos por la jerarquía de los secretarios, que se confunde con la jerarquía de los comisarios de la GPU, bajo la égida del secretario general, el obscuro georgiano de hace poco, Stalin. Los miles de fundadores de la URSS que habían dado ejemplo de su devoción al pensamiento socialista, se encuentran ahora en prisión o deportados. Lo que les imputan es contradictorio, pero poco importa. El hecho esencial es que en 1927-1928, gracias a un golpe de mano dado en el Partido, el Estado-Partido revolucionario ha pasado a ser un Estado-policial-burocrático, reaccionario, sobre el terreno creado por la revolución. El cambio de ideología se acentúa brutalmente. El marxismo de fórmulas planas elaborado por los verdugos sustituye al marxismo crítico de los hombres con ideas. Se establece el culto al Jefe. El "socialismo en un solo país" ha pasado a ser el cliché válido para todos los advenedizos que tienen, como único interés, conservar sus privilegios. Los opositores observan, con angustia, cómo se perfila un nuevo régimen, un régimen autoritario. Cuando los viejos bolcheviques que acabaron con la oposición trotskista, los Bujarin, Rykov, Tomski, Rioutine, se den cuenta, espantados, pasarán ellos mismos a la resistencia. Demasiado tarde. La lucha de la generación revolucionaria contra el totalitarismo duró diez años, de 1927 a 1937.

Las peripecias confusas y a veces desconcertantes de esta lucha no nos deben oscurecer su significado. Las personalidades han podido enfrentarse las unas a las otras, combatirse, reconciliarse, incluso traicionarse; han podido perderse, humillarse ante la tiranía, intentar ser astutos ante los verdugos, dejarse utilizar, alzarse desesperadamente. El Estado totalitario utilizó a unos contra otros eficazmente, ya que había aprisionado sus almas. El patriotismo del Partido y de la revolución, cimentado por el sacrificio, los servicios, los resultados obtenidos, el apego a prodigiosas visiones de futuro, el sentimiento del peligro común, borró el sentido de la realidad en las mentes más claras. La resistencia de la generación revolucionaria, a la cabeza de la cual se encontraban la mayor parte de los viejos socialistas bolcheviques, fue tan tenaz que en 1936-

1938, durante los procesos de Moscú, debió ser exterminada para que el nuevo régimen se estabilizara. Fue el golpe de mano más sangrante de la historia. Los bolcheviques perecieron por decenas de miles, los combatientes de la guerra civil por centenares de miles, los ciudadanos soviéticos, portadores de un idealismo condenado, por millones. Algunas decenas de compañeros de Lenin y Trotsky consintieron en deshonrarse, en un supremo acto de abnegación hacia el Partido, antes de ser fusilados. Miles más fueron fusilados en los sótanos. Los campos de concentración más grandes del mundo se encargaron de la aniquilación física de masas de condenados. La sangrienta ruptura fue llevada a cabo entre el bolchevismo, forma rusa ardiente y creadora del socialismo, y el estalinismo, forma igualmente rusa, es decir, condicionada por todo el pasado y el presente de Rusia, del totalitarismo. A fin de que este último término tenga su sentido preciso, definámosle: el totalitarismo, tal y como se estableció en la URSS, en el Tercer Reich, y esbozado en la Italia fascista y en otras partes, es un régimen caracterizado por la explotación despótica del trabajo, la colectivización y la producción, el monopolio burocrático y policial (mejor valdría decir terrorista) del poder, el pensamiento sojuzgado, el mito del jefe-símbolo. Un régimen de esta naturaleza tiende, por fuerza, a la expansión, es decir, a la guerra de conquista, ya que es incompatible con la existencia de vecinos diferentes y más humanos; ya que sufre, inevitablemente, de sus propias psicosis de inquietud; ya que vive sobre la represión permanente de las fuerzas explosivas de su interior.

Un autor americano, James Burnham, sostiene que Stalin es el verdadero continuador de Lenin. La paradoja, llevada a la hipérbole, no carece de un cierto atractivo estimulante en los medios de pensamiento perezoso e ignorante... Es evidente que un parricida es el continuador biológico de su padre. Y es, asimismo, evidente, que no se continúa un movimiento masacrándole, una ideología renegando de ella, una revolución de trabajadores mediante la más cruda explotación de esos mismos trabajadores, la obra de Trotsky asesinando a Trotsky y quemando sus libros... O las palabras continuación, ruptura, negación, renegar, destrucción, no tendrían sentido inteligible, lo que podría interesar, por otra parte, a los intelectuales brillantemente oscurantistas. Yo no sueño con meter a James Burnham en esta categoría. La paradoja que ha desarrollado, sin duda por amor a la teoría irritante, es tan falsa como peligrosa.

Bajo miles de formas planas se encuentra hoy en la prensa y en los libros, justo antes de la preparación de la tercera guerra mundial. Los reaccionarios tienen un interés evidente en confundir el totalitarismo estalinista, exterminador de los bolcheviques, con el bolchevismo, a fin de perjudicar a la clase obrera, al socialismo, al marxismo e, incluso, al liberalismo...

El caso personal de Stalin, ex viejo bolchevique, así como el de Mussolini, ex viejo socialista de Avanti, es totalmente secundario a efectos sociológicos. Que el autoritarismo, la intolerancia y ciertos errores del bolchevismo hayan labrado un terreno favorable al totalitarismo estalinista, no se puede negar. Una sociedad contiene, como un organismo, gérmenes de muerte. Pero hace falta que las circunstancias históricas les faciliten su eclosión. Ni la intolerancia ni el autoritarismo de los bolcheviques (y de la mayor parte de sus adversarios) permiten poner en cuestión su mentalidad socialista o las conquistas de los diez primeros años de la revolución. Y estas conquistas son tan reales que dos sabios americanos, estudiosos del desarrollo cíclico de los organismos y de las sociedades, constatan que "en 1917-1918, Rusia entró en un nuevo ciclo de crecimiento, de suerte que hoy podemos situarla como la más joven de las grandes naciones del mundo... (1)".

En el momento del estallido de la revolución rusa, los efectivos organizados de todos los partidos revolucionarios eran inferiores al 1% de la población del Imperio. Los bolcheviques constituían una fracción de ese menos del uno por ciento. La ínfima levadura creció pero rápidamente se agotó. La revolución de octubre-noviembre de 1917 fue dirigida por un partido de hombres jóvenes. El mayor de entre ellos, Lenin, tenía 47 años, Trotsky 38; Bujarin, 29; Kamenev y Zinoviev, 34. Diez a veinte años más tarde, la resistencia al totalitarismo fue llevada a cabo por una generación envejecida. Y esta generación no sucumbió solamente bajo el peso de una joven burocracia policial ávidamente agarrada a los privilegios del poder, sino además por la pasividad política de las masas agotadas, subalimentadas, paralizadas por el sistema terrorista y la intoxicación de la propaganda. Por otra parte, se encontraron sin el más mínimo apoyo eficaz en el exterior. Durante su resistencia en la URSS la escalada de las fuerzas reaccionarias en el mundo fue casi ininterrumpida. Las potencias democráticas trataban con

1. Cycles, por Edward R. Dewey y Edwin F. Dakin, Nueva York, 1947.

miramientos o alentaban a Mussolini y Hitler. El impulso de los frentes populares, ese combate de retaguardia de las masas trabajadoras de Occidente, quebrado en España por la coalición del nazismo, del fascismo y de Franco, en el momento preciso en que los verdugos de Stalin procedían, en Rusia, a la liquidación del bolchevismo...

¿Podemos defender algo de la revolución rusa después de esos diez primeros años exaltantes y de los veinte negros años que les siguieron? Sí, y no poco: una inmensa experiencia histórica, recuerdos llenos de orgullo, ejemplos inapreciables... La doctrina y las tácticas del bolchevismo necesitan, sin embargo, un estudio crítico. Se han producido tantos cambios en este mundo caótico que ninguna concepción marxista -o socialista- válida en 1920 tendría aplicación práctica sin una revisión esencial. No creo que en un sistema de producción en donde el laboratorio ha adquirido, en relación al taller, una creciente preponderancia, la hegemonía del proletariado pueda imponerse si no es bajo formas morales y políticas que impliquen, en realidad, la renuncia a la hegemonía. No creo que la "dictadura del proletariado" pueda revivir en las luchas del futuro. Habrá, sin duda, dictaduras más o menos revolucionarias; la tarea del movimiento obrero será siempre, estoy convencido, mantener un carácter democrático, no sólo en beneficio del proletariado, sino también para el conjunto de los trabajadores y de las naciones. En este sentido, la revolución proletaria no es, según creo, nuestro fin; la revolución que nos proponemos debe ser socialista, en el sentido humanista de la palabra; más exactamente, socializante, democrática, libertariamente realizada... Fuera de Rusia, la teoría bolchevique del Partido ha fracasado. La variedad de los intereses y de las formaciones psicológicas no ha permitido constituir la cohorte homogénea de militantes dedicados a una obra común tan noblemente loada por el pobre Bujarin... La centralización, la disciplina, la ideología dirigida nos deben inspirar una justa desconfianza, por más que necesitemos organizaciones serias...

¿Y que le queda al pueblo ruso? Por ironía de la historia, sólo perder sus cadenas. Espero que pronto se traduzca al francés el libro objetivamente implacable de David J. Dallin y Boris l. Nicolaevski sobre El trabajo forzado en la Rusia soviética. En él se nos habla que en 1928, en la época del Termidor soviético, en los campos de concentración de la GPU se hallaban unos treinta mil con-

denados. Nos es imposible saber, sin embargo, cuántos millones de esclavos encerrados hay hoy en los campos de Stalin. Las cifras más modestas los sitúan entre diez o doce millones que, según estos autores, constituyen el 16% de la población adulta masculina, siendo sensiblemente inferior el de las mujeres. Recientemente he subrayado en la revista *Masses* la importancia decisiva de estos datos. Admitiendo la cifra del 15% de privilegiados del régimen, que gozan en la URSS de una condición comparable a la de europeos civilizados, cifra probablemente optimista en este momento y que habría que dividir por dos para obtener el porcentaje de trabajadores adultos privilegiados, yo escribía: "Desde entonces: 7% de trabajadores adultos privilegiados, 15% de parias, 78% de explotados en condiciones pobres o miserables (...)" ¿Cómo quieren calificar a esta estructura social? ¿Es defendible?

En el exterior, la influencia de este "universo concentracionario" ha sido capaz de impedir la andadura del socialismo y la reorganización de Europa. La tragedia no es específicamente rusa, es universal. La tercera guerra mundial parece ser la salida lógica. No nos resignamos, sin embargo, a las soluciones catastrofistas siempre y cuando haya otras posibilidades. La agresividad del régimen estalinista en el exterior está condicionada por la gravedad de su situación interna. La rebelión latente de las masas rusas y no rusas contra este régimen ha sido demostrada por el derrotismo de las poblaciones que, al principio de la invasión, acogieron a los invasores como a liberadores; probada por los disturbios del día siguiente de la victoria; por el movimiento mucho más complejo de lo que se creía del ejército Vlassov que se batía alternativamente por los nazis y contra ellos; por los dos o trescientos mil refugiados rusos en Alemania; por la población de los campos de concentración. Opino que los regímenes totalitarios constituyen colosales fábricas de rebeliones. Aquel más que otro en razón de su tradición revolucionaria.

La documentación sobre el estado de espíritu de las masas rusas crece día a día. Cualquiera que conozca Rusia sabe que, bajo el caparazón de bronce del régimen, existe una profunda vitalidad. Las nueve décimas partes de los hombres que trabajan, construyen, inventan o administran, podrían, si rompieran sus cadenas, convertirse rápidamente en ciudadanos de una democracia del trabajo... ¿Podrán librarse a tiempo de sus cadenas para que una Rusia socialista pueda prevenir el desencadenamiento de la guerra?.

Lo que ha hecho el estalinismo por inculcar a sus oprimidos el horror y la repugnancia por el socialismo es inimaginable, siendo previsible que se produzcan reacciones tanto en Rusia como, y sobre todo, entre los pueblos no rusos, como los musulmanes de Asia central, recorridos por aspiraciones pan-islámicas. Estimo, no obstante, fundándome sobre muchas observaciones hechas en la URSS en años particularmente crueles para las masas, que la gran mayoría del pueblo ruso se da perfectamente cuenta de la impostura del socialismo oficial. No es posible la vuelta al antiguo régimen o, incluso, a un capitalismo desarrollado, en razón del alto grado de desarrollo conseguido por la producción estatalizada, en el momento en el que Europa entera camina hacia las nacionalizaciones y la planificación. La democracia rusa tendría que sanear, limpiar de mugre, reorganizar, en interés de los productores, la producción socializada. El interés técnico de la producción, el sentido de la justicia social, la libertad recobrada, se conjugarían, por la fuerza de las cosas, en volver a poner a la economía al servicio de la comunidad... No está todo perdido ya que nos queda esta esperanza racional, fuertemente motivada. ◆

Libros publicados por Ediciones Espartaco:

-Flora Tristán
-Albert Einstein, Federico Engels, Clara Zettkin y Jean Jaurès. Socialismo y comunismo
-Rosa Luxemburgo. Reforma o revolución
-Gramsci. Escritos juveniles
-Piotr Kropotkin. La moral anarquista
-Alejandra Kollontai. Las relaciones sexuales y la lucha de clases.
-Trotsky. Programa de transición
-Miguel Enríquez. Textos fundamentales
-Salvador Allende. La vía chilena al socialismo
-Lenin. El Estado y la revolución
-Mao Tse-Tung. Sobre la contradicción
-Mijail Bakunin. El patriotismo - La comuna de París y la noción de Estado
-Carlos Marx y Federico Engels Manifiesto Comunista

Adquiéralos en librerías y en
Le Monde Diplomatique, San Antonio 434, Santiago
Para más información escríbanos a
espartacoediciones@gmail.com

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2015
en Gráfica LOM
Concha y Toro 23 - Santiago, Chile